

Universidad Nacional Autónoma de México
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



XLH
98

**EL REALISMO LITERARIO EN
LAS NOVELAS DE EMILIO RABASA.**

XLH
1982
SAL

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas
P R E S E N T A:

ADRIANA MARGARITA SALINAS DE GORTARI





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL REALISMO LITERARIO EN
LAS NOVELAS DE
EMILIO RABASA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN LETRAS HISPANICAS

PRESENTA:

ADRIANA MARGARITA SALINAS DE GORTARI

UNAM

1982

INDICE

INTRODUCCION	1
CAPITULO I	7
MARCÓ HISTORICO	
CAPITULO II	
CONCEPCION DEL REALISMO	26
EL REALISMO LITERARIO	30
REALISMO EN ESPAÑA	34
REALISMO EN HISPANOAMERICA	38
NATURALISMO	45
CAPITULO III	
RABASA COMO NOVELISTA	49
<u>LA BOLA</u>	55
<u>LA GRAN CIENCIA</u>	82
<u>EL CUARTO PODER</u>	104
<u>MONEDA FALSA</u>	126
<u>LA GUERRA DE TRES AÑOS</u>	143
CONCLUSIONES	159
BIBLIOGRAFIA	166

INTRODUCCION

El hombre ha mostrado a lo largo de su historia una gran preocupación por dejar muestra patente de su existencia, de lo cual se deriva la necesidad de transmitir sus costumbres, su ideología y los aspectos relevantes de su cultura. Así, desde sus orígenes ha sido una constante el tratar de reflejar o retratar la realidad que le rodeaba.

Lo instantáneo e irrepetible de un fenómeno, que por lo mismo no podemos aprehenderlo; la particular visión del mundo, de acuerdo a la sensibilidad individual, han planteado también la imposibilidad de reproducir fielmente la realidad.

Ante tal circunstancia existe la probabilidad de que la realidad se presentase distorsionada. El mismo hecho emerge distinto y presenta diferentes enfoques según los diversos observadores del mismo. A pesar de esta subjetividad, que es inherente a la reproducción o interpretación de una determinada experiencia, en el ámbito literario se pretendió en un período histórico que abarca gran parte del siglo XIX, captar y reproducir lo más exactamente posible la realidad.

En esa época la novela adquiere una gran trascendencia y se enriquece notablemente con los conocimientos de la historia,

la psicología y la ciencia. Se presentan y analizan hechos, y se buscan causas y consecuencias a los problemas sociales, políticos y morales. El escritor vive, descubre y señala las deficiencias de su momento y de su sociedad y se manifiesta en contra de la evasión romántica.

En el realismo se define más profundamente el sentimiento patriótico, la importancia de lo nacional. Cada país aporta su propia identidad; el hombre, con todos sus aciertos y contradicciones, es el centro del ambiente donde se le ubica. Entonces el medio cobra una gran significación. Es la época en que el positivismo filosófico de Hippolyte Taine (1828-1893) es el punto de partida para el realismo primero, y más tarde para el naturalismo que propugna Emile Zola (1840-1902)

Los escritores pretenden, de alguna manera, modificar la realidad; pero por otro lado se apartan de tal intención y buscan el deleite estético como parte inseparable de la creación artística. Entre los más importantes podemos recordar en Rusia a Fëdor Dostoyewski (1821-1881) y a Lev Tolstoi (1828-1910); en Francia a Henri Beyle (1783-1842) mejor conocido bajo el seudónimo de Stendhal, a Honoré de Balzac (1799-1850) y Gustave Flaubert (1821-1880); y en Inglaterra a Charles Dickens (1812-1870).

El realismo logra aglutinar en sus filas a novelistas

verdaderamente importantes, y tiene, como toda corriente literaria, su época de auge. A medida que avanza el tiempo los escritores se orientan hacia un realismo exacerbado que produce el nacimiento del naturalismo, donde se muestra abiertamente lo más abyecto de la naturaleza humana y de la sociedad.

Por otra parte, no debemos olvidar que aunque los realistas niegan como primer postulado el romanticismo, ya en este último empiezan a brotar las tendencias de la nueva corriente, y surge el costumbrismo, por ejemplo. Por tal circunstancia, los mismos autores considerados como costumbristas y aún los realistas, manifiestan, sin quererlo, rasgos típicos del romanticismo.

Esta es, grosso modo, la situación literaria que antecedió a Emilio Rabasa y que nutre su capacidad creativa. Junto al novelista Rabasa coexisten escritores mexicanos que van desde el costumbrismo hasta el realismo exacerbado; podemos citar a Manuel Payno (1810-1894), Luis G. Inclán (1816-1875), José Tomás de Cuéllar (1830-1894), José López Portillo y Rojas (1850-1923), y a Federico Gamboa (1864-1939), cuyo primer libro; Del natural , aparece en 1888.

Todos estos autores que conforman el momento realista en México tienen como común denominador su preocupación por presentar la realidad nacional; y a través de sus apreciaciones

nes podemos viajar a lo largo de buena parte de nuestra historia.

Rabasa, como sabemos, escribe poco. Sus novelas son cinco: La bola, La gran ciencia, El cuarto poder, Moneda falsa (aparecidas éstas entre 1887 y 1888) y La guerra de tres años (1891). En todas ellas su propósito principal como escritor es el de reproducir la realidad y el momento histórico que le tocó vivir.

La visión de Rabasa parte del individuo que posee un puesto público y que es capaz de asumir un sentido crítico y detectar las fallas de la situación importante. El pertenece al sistema político del país pero percibe las anomalías y las declara dentro de su producción.

En sus páginas surgen personajes del pueblo. Nos encontramos con el cacique ignorante y sumido en "la bola", con la mujer provinciana, tradicional y delicada, con el típico maestro de escuela, con el oportunista, con la madre abnegada, y con el cura comprensivo y agudo o con el sacerdote fanático e intransigente.

Como lectores percatamos la inquietud del autor. Sancho Polo ama a su país, manifiesta un gran sentido nacionalista y percibe la necesidad de una reestructuración.

Nos presenta a manera de cuadros costumbristas el México de la época de Benito Juárez y de Porfirio Díaz. Por otro lado, en Emilio Rabasa se patentiza una preocupación estilística y una necesidad de ser veraz. Es notoria la evolución entre La bola y La guerra de tres años. En la primera el relato es casi esquemático; en la última hay una evidente intención artística.

Un rasgo peculiar dentro de su lenguaje lo ofrece el ma nejo que hace de la ironía. El autor envía al lector un doble mensaje y las situaciones solemnes se transforman en escenas graciosas o grotescas.

Para Sancho Polo, la literatura se convierte, pues, en un instrumento, el cual es muy comprensible si consideramos toda la labor periodística que realiza. Desde el punto de vista profesional son dos los aspectos más sobresalientes de la vida de Rabasa: la política y su función como jurisconsulto.

Nuestro autor nace en Chiapas, reside luego en la capital y en el extranjero; de ahí que sus personajes se muevan en dos ambientes: el de la provincia, muchas veces idealizada, y el de la ciudad.

Es Rabasa el primer novelista mexicano, cronológicamente hablando, que intenta dar un punto de vista distinto; Mé-

xico, pues, entendido como un estado moderno, situación que se logra gracias a Juárez como presidente del país. Sus novelas son un fiel reflejo de nuestra historia en los principios de una organización política que ha dejado atrás la lucha por el poder entre partidos irreconciliables: el liberal y el conservador. La crítica que hace Rabasa a un país en formación se desprende de su aguda observación y de su deseo de mejorar un estado de cosas que no habían suprimido aún el peligro y la confusión en que México vivió a partir de la Independencia.

CAPITULO I

MARCO HISTORICO

Hacia la segunda mitad del siglo XIX (1856) y cuando la historia moderna de México aún no había comenzado, Emilio Rabasa nace en Ocozocuautila, Chiapas.

Para entonces el país tiene poco tiempo de haber dejado la tutela española y comienza a debatirse en busca de su verdadera expresión; sin embargo, el problema que se presenta no es sólo el de afirmar una nacionalidad netamente identificada con la patria, sino también —y esto es lo más importante—, abatir una serie de carencias que la colonia había propiciado: "los hombres cultivados eran pocos, pues no podían ser muchos en una sociedad donde sólo uno de cada diez sabía leer y escribir. Aparte de pocos, eran teóricos, que no técnicos. Los más practicaban el sacerdocio, la abogacía y la milicia como profesión básica, y la hecura de versos, la oratoria y el periodismo como segundo oficio".¹

No fue fácil ponerse de acuerdo; en 1859 tras la penosa guerra de tres años, Juárez promulga las Leyes de Reforma; en 1861 se suspende el pago al exterior y los franceses nos inva

1 Ralph Roeder, Hacia el México moderno: Porfirio Díaz, p.292

den; en 1864 desembarca Maximiliano de Habsburgo y en 1867 culmina esta etapa con el fusilamiento del mismo. Además, la pugna entre liberales y conservadores no termina sino hasta la llegada de Porfirio Díaz al poder.

Es la provincia, en el actual estado de Chiapas, ² donde Rabasa hace sus primeros estudios rodeado del ambiente inestable que domina al país. En 1878 se gradúa de abogado en Oaxaca y comienza su carrera como periodista. Un año antes, el régimen dictatorial más largo de nuestra historia comenzó a manifestarse, en el Puerto de Veracruz, con el fusilamiento "en caliente" de ocho personas acusadas de conspirar contra el régimen liberal.

Las luchas armadas por el momento cesan.

Esta nueva época que la historia bautizará como porfiriano, desemboca en otro cauce, ya que de hecho "las divisiones respondían ahora a diferencias de poder, o de riqueza o de educación". ³ Así, el régimen establecido hace aún más notorias las diferencias sociales, alimentando los intereses personales para beneficio del gobierno de Porfirio Díaz, el nuevo dictador.

Una vez recibido de abogado, Emilio Rabasa se orienta hacia los cargos públicos: juez primero de lo civil, juez co

² Chiapas decide anexarse a la República Mexicana en 1823

³ Pedro Henríquez Ureña, Las corrientes literarias en la América Hispánica p. 141

reccional y penal, diputado al Congreso de su Estado, procurador de Justicia del Distrito Federal, gobernador y senador por Chiapas.

Es también representante del gobierno mexicano ante los Estados Unidos de Norteamérica, a pesar de nunca haber estado totalmente de acuerdo con su política, pues apunta que tal nación sólo ve el desarrollo como orgullo máximo de civilización.

Dentro del campo jurídico Rabasa se manifiesta como un liberal sumamente brillante además de un entusiasta defensor social, aunque políticamente la historia lo ha colocado en otro sitio. ⁴ Está consciente de la necesidad de un desarrollo auténtico de los partidos para acabar con los regímenes dictatoriales, ⁵ de la misma manera que está en contra de una revolución como medida para exterminar la inmoralidad política de éstos.

Emilio Rabasa vislumbra y apunta hacia una organización institucional del país.

Al considerar las situaciones políticas es evidente que el complicado siglo XIX mexicano no aporta una nueva perspectiva a las clases oprimidas; es la misma clase de siempre la que recoge los pocos beneficios, aunque se queda igualmente sumergida "en la misma ignorancia y embrutecimiento que el res

⁴ Emilio Rabasa fue uno de los más fuertes opositores del gobierno maderista y siendo aún miembro del poder legislativo, formó parte del pequeño grupo de diputados que buscaron la ayuda de Victoriano Huerta.

⁵ Cfr. Emilio Rabasa, "Evolución histórica de México" en Lecturas Universitarias, Antología, México en el siglo XIX, Antología de fuentes de interpretación histórica. p. 368

to de ella (la sociedad), su mansión en las ciudades no les ha servido de otra cosa que de contagiarse de los vicios de la clase alta que miraban; vicios que desarrollados por un carácter salvaje, han venido a formar de esta población un conjunto doblemente degradado por la estupidez del estado de barbarie y por la prostitución del estado social". ⁶

Así vemos que en el último tercio del siglo XIX la situación es cada vez más decadente e injusta para el grueso de la población.

Emilio Rabasa es quien pide la aplicación real de la Constitución de 1857 a partir de la revisión de la del 24 y también cuestiona el juicio de amparo, iniciado por Mariano Otero: "a renglón seguido el jurista emprendió la tarea de descubrir el nacimiento del juicio de garantía, ligándolo a sus fuentes sajonas y colocándolo en nuestro medio [...], hizo surgir las ventajas del sistema en México con propósitos de hacer no sólo la exégesis del amparo, sino ante todo robustecer su filiación federalista, encarecer el gobierno de los jueces y exaltar la Ley Suprema, que por ser suprema, aspiraba a que se presidiera en verdad la vida de México". ⁷

Existe, sí, una lucha por el progreso del país y se desarrolla desde diferentes ángulos. Dentro del campo de las le

6 Mariano Otero, "Propiedad y clases sociales" en Lecturas Universitarias. Antología, México en el siglo XIX. Antología de interpretación histórica, p. 127

7 Manuel González Ramírez, prólogo y selección de la obra Retratos y estudios de Emilio Rabasa, p. XXII

tras la unión de liberales y conservadores fue temprana; en la revista El Renacimiento Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) logra la conciliación a favor de la literatura nacional; en la poesía destacan entre otros, Manuel M. Flores (1840-1885), Manuel Acuña (1849-1875) y Juan de Dios Peza (1852-1910). Al mismo tiempo la novela romántica llega a la cumbre tomando como modelo la novela europea; como narradores se distinguen: Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), Manuel Payno (1810-1894), Luis G. Inclán (1816-1875), Francisco Zarco (1829-1869).

Rabasa fue siempre un defensor del indio y pone además toda su esperanza en el mestizaje como motor primordial para el progreso de México; y aunque no fue un constituyente activo en 1917, su copiosa obra jurídica se deja sentir en la Constitución vigente.

Ahora bien, el panorama europeo de la época nos muestra que Augusto Comte había muerto en Francia el 5 de septiembre de 1857, pero su doctrina seguía inundando al mundo occidental. Es a partir de uno de los aspectos de su doctrina, el de la comprobación racional, el positivista, que sucederán nuevas escuelas en todos los campos humanísticos: en literatura se deja atrás el meloso romanticismo para dar paso a la nueva escuela realista y culminar con el tan discutido naturalismo iniciado y fundamentado por Emile Zola (1840-1902): "Estimamos que el hombre no puede ser separado de su medio, que su

vestido, su casa, su pueblo, su provincia le complementan; según esto, no podemos notar un solo fenómeno de su cerebro o de su corazón sin buscar las causas o el contragolpe en el medio".⁸

Entre tanto, durante el primero y único receso de Díaz en el poder, el país sufre por las deficiencias del presidente González, quien al dejar su puesto propicia el que la nación busque ansiosa un caudillo que la conduzca hacia la paz.

Es éste el momento preciso para que Porfirio Díaz lleve a cabo sus planes largamente acariciados, "creyendo en las lindes que de él decían los líderes y escritores oficialistas".⁹ El pueblo estaba ya preparado. Por otra parte, "las guerras de Reforma y del Imperio dejaron una generación cosecha de 'héroes' que reclamaban al gobierno y a la sociedad misma, poder, riquezas y honores como compensación a lo que ellos consideraban eminentísimos servicios prestados a la patria. Y al concluir esas dos guerras, quedaron sueltos, desarraigados de ochenta a cien mil soldados que habían abandonado un trabajo rutinario y mal retribuido, pero seguro, y que ahora, probada la aventura y el poder que da tener un rifle en la mano, se rehusaban a reanudar sus viejas ocupaciones en el campo o la ciudad".¹⁰ El General Díaz el "hacedor de la paz"¹¹ es quien mejor los representa.

8 Emilio Zolá, El naturalismo, pág. 202

9 José Valadés, Brevisima historia de México, pág. 173

10 Daniel Cosío Villegas, et. al., Historia mínima de México pág. 119

11 José C. Valadés, Opus cit., pág. 170

En medio de todas estas circunstancias Rabasa condena la poca instrucción que recibe el pueblo y considera que otorgándosela se le salvará del retraso para llegar así a una verdadera democracia. Consecuentemente propone "los medios que a su juicio tienen que remediar nuestros vicios electorales en el sentido de restringir esa actividad a sólo los aptos, para ampliarla paulatinamente a aquellas capas de población que fueran adquiriendo la aptitud. A este respecto don Emilio consideraba como requisito mínimo y esencial de la aptitud, la instrucción". ¹²

En el ámbito literario, a pesar de los problemas políticos del siglo XIX, florecen con singular importancia la Academia de Letrán ¹³ y el Liceo Hidalgo. ¹⁴ En 1875 la Academia Mexicana de la Lengua se establece como un órgano vigoroso; los géneros literarios comienzan a tener una especial calidad; y lo que iniciara Altamirano en su obra como una literatura nuestra, "alcanza ya una expresión tan original y racional como es posible en la literatura". ¹⁵ Los escritores

12 Manuel González Ramírez, Opus cit. pág. XXVII

13 La Academia de San Juan de Letrán produce de 1836 a 1856. Debe su nombre al famoso colegio. Su principal representante y fundador fue Guillermo Prieto, "Fidel" (1818-1897). La generación que constituye la Academia de Letrán es una de las más generosas de la historia de nuestras letras. En ella se cuentan a Manuel Carpio (1791-1860), José Andrés Quintana Roo (1787-1851) e Ignacio Ramírez "El nigromante" (1818-1879). Los trabajos de la Academia de Letrán se distinguieron principalmente por defender o bien una corriente tradicional o bien por una renovación en el campo de la letras.

14 El Liceo Hidalgo toma parte de la generación de la Academia de Letrán. Su principal promotor fue Francisco Zarco a partir de 1851. Más tarde, Ignacio M. Altamirano, en 1869 le da nuevo ímpetu con aires nacionales.

15 José Luis Martínez, La emancipación literaria de México, p. 84

se deciden a expresar una realidad suya utilizando para ello rasgos lingüísticos característicos: "se comienza a crear verdaderamente una literatura propia de la nación a la que pertenecen". ¹⁶

Sin embargo, el país sigue sumido en la corrupción y día con día se hacen más notorias las desigualdades sociales y económicas. Porfirio Díaz continúa fortaleciéndose, de tal suerte, que en 1886 tras el asesinato en Zacatecas de Trinidad García de la Cadena, ¹⁷ pasa inadvertida su reelección y se olvida el plan de Tuxtepec. ¹⁸

La situación económica del país es ya muy crítica y se acentúa aún más por los gastos de construcción del Ferrocarril Central y por una mala temporada agrícola; pero Porfirio Díaz no asume la responsabilidad porque "un experimentado em-

¹⁶ Idem

¹⁷ Lic. y Gral. Trinidad García de la Cadena (1823-1886). Oriundo de Zacatecas; participó en las guerras de intervención contra los norteamericanos y en la de Reforma. En 1870 se subleva contra el presidente Juárez. Más tarde se vincula a los partidarios de Porfirio Díaz y se adhiere a los planes de La Noria (1871) y Tuxtepec. Fue, en 1884 candidato a la Presidencia de la República y el 13 de noviembre de 1886 fue mandado fusilar por conspirar contra el gobierno.

¹⁸ El plan de Tuxtepec (1876) reconocía a la Constitución de 1857, como Ley Suprema; eleva al mismo rango la no-reelección; desconoce a Sebastián Lerdo de Tejada como presidente de la República, así como a los funcionarios y empleados designados por él; reconoce sólo a los gobernadores que se adhieran al Plan; convoca a elecciones para Supremos Poderes de la Unión una vez que se hubieran cumplido 2 meses después de ocupada la capital; el octavo Congreso Constitucional haría la reforma constitucional con el fin de: 1o. elevar a rango constitucional la no reelección tanto para presidente como para gobernadores y 2o. para garantizar la independencia de los municipios y organizar la ley de organización política al D.F. y territorio de B.C. todos los generales que reconozcan el plan serían reconocidos.

presario americano argumentaba que un período de depresión y déficit en las rentas sería la consecuencia inevitable de la extraordinaria actividad desplegada en la construcción de ferrocarriles en México, pues el coloso del norte había pasado por la misma experiencia en breves períodos; y según el Times de Londres, la crisis era la prueba contundente del progreso del país" 19

Por otro lado, las empresas extranjeras de capital británico pululan por la república ganando terreno a los norteamericanos. La apatía y la ignorancia del mexicano se hace cada vez más evidente "¿cómo pedir a un pueblo que no tenía ni voz ni voto en su gobierno, la iniciativa, la voluntad, la energía y la acometividad para lagrar su propio destino?" 20

Con Gabino Barreda se introduce en México el positivismo y los "poetas del llamado 'post-romanticismo' de 1870 prolongan en línea recta su descendencia hasta las postrimerías del siglo" 21 Es la época en que el modernismo irrumpe con Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y se afirma con la Revista Azul (1894-1896) para llegar a su apogeo con la Revista Moderna (1898-1911). Las características más sobresalientes de este movimiento hispanoamericano serán el refinamiento verbal y la originalidad en las metáforas; además de Gutiérrez Nájera sobresalen Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Manuel José Othón (1858-1906), Amado Nervo (1870-1920), Luis

19 Ralph Roeder, Opus cit. pág. 288

20 Ibidem, pág. 454

21 Carlos González Peña, Historia de la literatura mexicana pág. 186

G. Urbina (1869-1934), José Juan Tablada (1871-1945) y el célebre poeta de "Tuércele el cuello al cisne" Enrique González Martínez (1871-1952), el que según las historias literarias termina este movimiento en los primeros años del siglo XX.

Es cierto que Emilio Rabasa colabora poco con los movimientos formales de la literatura mexicana, pues de hecho jamás se acerca a revista literaria alguna, ²² ni se tiene noticia de que haya formado parte de círculos literarios o tertulias, muy frecuentes en el siglo pasado.

La obra literaria de Rabasa se reduce a cuatro novelas

22 La Revista Azul (1894-1896) se convierte en el primer órgano formal de los modernistas. La funda Manuel Gutiérrez Nájera junto con Carlos Díaz Dufoo. Dentro de la poesía destacan: Salvador Díaz Mirón, Francisco A. de Icaza, Amado Nervo, Porfirio Parra, Juan de Dios Peza, Justo Sierra, José J. Tablada y Luis G. Urbina. Dentro de la prosa: María Enriqueta Camarillo, Guillermo Prieto, José María Roa Bárcenas, Juan Sánchez Azcona y Jesús Urueta. La Revista Moderna tiene dos épocas: la primera que va de 1898 a 1903 en la que se llama Revista Moderna; la segunda, que va de 1903 a 1911, toma el nombre de Revista Moderna de México. La Revista Moderna, pone en contacto a significativos autores continentales y además introduce a connotados escritores europeos, especialmente franceses. Sus principales colaboradores provienen de la Revista Azul, entre otros: José Juan Tablada, Manuel José Othon, Rafael Delgado, Federico Gamboa, Luis G. Urbina, Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela.

seriadas: La bola (que originalmente se iba a llamar Un general), La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa,²³ publicadas en El Universal entre 1887 y 1888; a éstas se añaden brevísimas y última titulada La guerra de tres años,²⁴ en 1891; en todas ellas utiliza el seudónimo de Sancho Polo.

El prólogo de la edición de La guerra de tres años que ocupamos fue elaborado por Emmanuel Carballo y la edición contiene "Poemas inéditos y desconocidos". Asimismo se tiene noticia tanto de algunos cuentos como: "Mejoras materiales" "El clown" y "La vocación", como de artículos de crítica literaria y de otros poemas sueltos, firmados bajo el seudónimo de Pío Gil.

23 La bola 1a. ed. México 1887 (Alfonso E. López y Comp., Editores con un retrato); 2a. ed. México 1888 (O.R. Spíndola & Comp., Editores); 3a. ed. México, 1919 (Librería de la Vda. de Ch. Bowret, con prólogo de Enrique González Martínez).

La gran ciencia y El cuarto poder 1a. ed. México 1887 (Alfonso E. López y Comp., Editores); 2a. ed. México, 1919 (Librería de la Vda. de Ch. Bowret)

Moneda falsa, 1a. ed. México 1888 (O.R. Spíndola & Comp., Editores; algunos ejemplares llevan un retrato del autor, grabado en acero por la St. Luis Bank Note Company); 2a. ed. México 1919 (Librería de la Vda. de Ch. Bowret).

Estos datos fueron tomados de la edición de Editorial Porrúa, S. A. que se tomó para la lectura de la presente tesis.

24 La guerra de tres años 1a. ed. México 1931, Prólogo de Victoriano Salado Álvarez, Editorial Cultura; 2a. ed. La guerra de tres años, seguido de poemas inéditos y desconocidos, prólogo y ed. de Emmanuel Carballo.

La llamada corriente realista de la literatura tiene sus bases en el positivismo de Augusto Comte; y en Hispanoamérica, según afirma Pedro Henríquez Ureña: "La novela realista que había comenzado en América Hispánica con [Alberto] Blest Gana, [chileno (1831-1920)], y Almeida ya a mediados del siglo pasado, había ido progresando lentamente, y hacia la penúltima década de aquel siglo recibió la influencia del naturalismo francés".²⁵

Podemos señalar que en México el realismo tiene su primera manifestación con El periquillo sarniento, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), en 1816. Es esta novela de carácter picaresco, donde se descubren el comportamiento, el lenguaje y muchas otras características del pueblo mexicano durante la época colonial. Pero todavía transcurre mucho tiempo antes de que la novela mexicana manifieste los rasgos realistas definitivos, que tienen su origen dentro del costumbrismo.

Costumbristas redondos son Manuel Payno, que durante 1889-1891 publica Los bandidos de Río Frío, y Luis G. Inclán, que en 1865 escribe Astucia...el jefe de los hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama, en la que visualizamos los retratos fieles de los personajes y de la vida en las haciendas. Se distingue Inclán por los giros de lenguaje, mismos que supo captar y reproducir acertadamente. Es el maestro Altamirano quien comienza a emplear la observación directa de la reali-

25 Opus cit. pág. 185

dad de una forma más consciente en el contenido de sus novelas: ²⁶ Clemencia (1869), El Zarco (1888-1901) y Navidad en las montañas (1870). Otro escritor de fuerte carácter realista es José Tomás de Cuéllar. Sus novelas, recopiladas bajo el título de La linterna mágica (1889), tienen una marcada influencia de Balzac. Cierra el ciclo José López Portillo y Rojas (1850-1923) con su novela La parcela (1898), conflicto de la tierra, ya marcadamente realista.

Aunque en la época no se contaba con un gran presupuesto para la educación, la enseñanza en México no estaba del todo olvidada. "En los estados, los gobernadores imitaban la actividad del centro, en cuanto era posible, por lo menos para demostrar su adhesión al Presidente, y algunos con empeño propio y eficaz digno de todo elogio. Sabían que la manera de satisfacerlo era darle noticia de caminos mejorados, escuelas fundadas, edificios públicos constuidos, y sobre todo, la tranquilidad mantenida contra el desorden y la seguridad garantizada a personas y propiedades en las poblaciones y en los caminos". ²⁷

Mientras tanto, la tercera reelección de Díaz quiere justificarse por medio de una Convención Nacional, aunque de antemano se sabe que una aplastante mayoría no acudirá a las urnas, "pero no debe de ninguna manera pensarse que el régimen porfirista fuera tan absorbente que hiciera imposible to-

26 Cf. Joaquina Navarro La novela realista mexicana pág. 20

27 Emilio Rabasa, La evolución histórica de México pág. 109

da oposición. No dejó la prensa de rebelarse contra el gobierno, desde el primero hasta el último día del porfirismo" ²⁸ Para contrarrestar lo anterior, Díaz se apoya en los grupos de gente culta y en los más adinerados; a unos y a otros puede manipularlos y mantenerlos ocupados.

Gabino Barreda muere en 1881, y lo sucede como maestro de la juventud Justo Sierra Méndez; a su lado queda Francisco Bulnes de marcadas tendencias positivistas.

Hacia el final del siglo, Díaz, dueño absoluto del poder, no cuenta con la aprobación de toda la sociedad; hay gente ya que no le es adicta; "la opinión pública no lo combatió, pero se divorció de él, y el gobierno del General Díaz continuó desde entonces, no ya con la fuerza popular [...], sino con la fuerza adquirida que se consume a medida que trabaja" ²⁹

Aquella opinión pública descontenta la componían miembros de todos los sectores del país. A pesar de que en el porfiriato "se hicieron grandes fortunas privadas, no siempre honradamente y se vuelve a una especie de feudalismo rural", ³⁰ los señores encumbrados ya no estaban del todo convencidos de que Porfirio Díaz pudiera sostener una nación cada vez más deteriorada.

Ciertamente Rabasa fue un eficaz colaborador del régi-

²⁸ Martín Quiñarte, Visión panorámica de la historia de México, pág. 109

²⁹ Emilio Rabasa, Opus cit. pág. 126

³⁰ Joaquina Navarro, Opus cit. pág. 16

men dictatorial porfirista y ocupó en el mismo altos puestos, mas no por ello deja de tener una clara perspectiva del momento histórico que le tocó vivir. El escritor lo resume en el siguiente párrafo:

"El caciquismo topo y voraz, el militarismo insolente, la burocracia corrompida y el imperio de la fuerza y el dinero dominando todas las actividades del país en forma brutal".³¹

Esta visión de su realidad es la que transporta finalmente a su obra literaria y si "Clemencia de Altamirano señaló una nueva etapa en la novelística mexicana en cuanto a la adopción de las formas más cultas del género, las cuatro novelas de Emilio Rabasa afirmarían esta condición progresista y mostrarán que estaba ya superado el simple y pintoresco afán costumbrista".³²

El realismo, es bien sabido, se manifiesta de diversas formas según los diferentes lugares en que a lo largo del siglo XIX hace su aparición; aunque los rasgos realistas en términos generales hacen su aparición a partir de Honoré de Balzac.³³

Benito Pérez Galdós (1843-1920) publica en España La fontana de oro (1871), novela con características distintas a

31 Jorge Gaxiola "El primer centenario del nacimiento de don Emilio Rabasa" p.1

32 Antonio Magaña Esquivel, "El realismo de Rabasa" en El Nacional, 17 de diciembre de 1964, pág. 8

33 Cfr. Joaquina Navarro. Opus cit., pág. 27

las del movimiento realista francés; y en hispanoamérica más tarde se añaden nuevos elementos a los modelos de Francia. Emilio Rabasa opina verazmente acerca de este punto, recordándonos a Emile Zola: "(...) el hombre debe al aire que respira, al suelo que pisa, a los panoramas que lo rodean y a toda constitución física de su país, una parte principal de su carácter y a su carácter debe su historia" ³² y por lo mismo la anécdota en la obra literaria se escribe a partir de la visión que se tiene de la realidad.

Así se patentiza que "el escrúpulo de ser fiel a la realidad histórica fue reduciendo más y más el vuelo de la fantasía", ³³ y que la filosofía positivista dominaba en las novelas. Esto originó que los escritores limitaran su fantasía en la obra creativa y llegaran al extremo de no emplearla para embellecer sus observaciones, pues de hacerlo se saldrían entonces de su intención objetiva.

Elementos realistas en la novela mexicana se dan ya en Fernández de Lizardi; sin embargo la novela realista propiamente dicha tiene sus primeros antecedentes en los novelistas del período de la Reforma, originalmente románticos, entre los cuales emerge, entre personajes históricos y prototipos sociales, la realidad de nuestra forma de ser y también la próxima conformación político social del país.

³² Jorge Gaxiola, Opus cit. p. 1

³³ Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana, pág. 307

John S. Brushwood y José Rojas Garcidueñas apuntan: "En México donde la realidad visible parecía exigir una protesta de parte del escritor de conciencia, es notable que los novelistas realistas pudiesen hacer la paz con un régimen que ignoraba las necesidades del país", ³⁴ sin embargo, la protesta se hacía de alguna manera dentro de las posibilidades y "libertades" que el régimen concedió, pues no se puede ignorar el que a lo largo de la obra novelística de Emilio Rabasa hay un alto contenido social y una visión clara de la política de su tiempo; en sus novelas se patentiza la inconformidad con las causas que generan la corrupción, la deficiencia y la injusticia en el país, no obstante que el general Díaz — amigo íntimo de Rabasa— nunca aceptó manifestaciones de protesta.

Uno de los muchísimos ejemplos es el siguiente: El Monitor, periódico de la época, manifiesta en una ocasión su disgusto por el endeudamiento que el gobierno tenía con el exterior: "¿Con qué fin se propone el gobierno restablecer el crédito del erario? A buen seguro que fue sencillamente para morir en olor a santidad". ³⁵

Los resultados ante tales declaraciones no se hicieron esperar, y fueron encarcelados los periodistas responsables. El gobierno argumentó que la libertad de prensa no había sido

³⁴ J.S. Brushwood y José Rojas Garcidueñas, Breve historia de la novela mexicana, pág. 224

violada, sino que sólo se tomaban medidas preventivas para evitar una revolución.

Tiempo después el mismo diario publicó bajo la firma de uno de sus colaboradores encarcelados: "Si el Dante hubiera conocido las galeras de la cárcel de Belén, a donde han sido trasladados los periodistas (...) sin duda alguna que su fecunda imaginación nada habría tenido que inventar a fin de formar con ellos algunos de los tenebrosos círculos que describe en su Infierno. Por la noche, sobre todo, es imposible permanecer sin resentir en la salud las funestas consecuencias de aquel hacinamiento de centenares de seres inmundos que se agitan como sombras borradas por la densidad del humo, dejando entrever sus figuras patibularias, a la luz de las lumbradas. Por fortuna aquellos asesinos salteadores han mostrado hacia sus infelices compañeros mayor humanidad y conmiseración que sus perseguidores". ³⁶

En una de sus novelas — como podrá apreciarse en un capítulo posterior— Emilio Rabasa señala y acusa este hecho. Uno se pregunta cuál pudo haber sido la reacción de Díaz.

Don Emilio Rabasa fue senador por su Estado hasta 1913, año en que fue disuelto el poder legislativo por Victoriano Huerta; años antes, en 1910 trató de persuadir a Francisco I. Madero para que dejara la presidencia alegando que era la me-

36 Ralph Roeder, Opus cit. págs. 294-295

mejor medida para salvar a la patria de los terribles momentos por los que atravesaba y de una probable invasión del norte. Cuando los norteamericanos llegan al Puerto de Veracruz el 14 de abril de 1914, Emilio Rabasa, junto con Agustín Rodríguez y Luis Elguero, es designado representante en las Conferencias de Niagara Falls; una vez terminadas éstas, nuestro novelista se exilia voluntariamente y radica en Nueva York desde donde escribe la mayor parte de su obra jurídica iniciada en 1912 con La constitución y la dictadura; ya en el extranjero continúa con Evolución histórica de México, El artículo 13 y El juicio constitucional.

A los sesenta y cuatro años de edad regresa a este país en donde es nombrado miembro de la Barra de Abogados, de la Academia Mexicana de la Lengua y director de la Escuela Libre de Derecho. Dedicó la mayor parte de su tiempo a la docencia. El 25 de abril de 1930 muere a consecuencia de una pulmonía.

CAPITULO II

Concepción del realismo

El realismo literario

Realismo en España

Realismo en Hispanoamérica

Naturalismo

Concepción del realismo

El romanticismo fue un movimiento de gran trascendencia dentro del desarrollo del arte en Occidente.

En Europa es en realidad un movimiento revolucionario que desde el punto de vista cronológico se sitúa en el siglo XIX, pero cuyos antecedentes arrancan desde el XVIII. El romanticismo es una corriente que no sólo plantea un cambio en el aspecto artístico, sino que también abarca de una manera abierta y definitiva el punto político.

El romanticismo es uno de los motores de la revolución francesa; es la personificación de la naturaleza, es la actitud de rebelión y heroísmo que llega hasta los umbrales del sacrificio y de la muerte.

A lo largo del siglo XVIII el hombre se ve sujeto a una serie de reglas que pretenden restablecer los conceptos y los valores clásicos; como consecuencia y como protesta contra este dogmatismo, en el XIX el individuo y el artista se levantan con una actitud anárquica y en defensa de sí mismos. El romántico se alza en contra de los preceptos que la sociedad ha instituido, adopta una postura liberal, y hace suyos los grandes ideales del pueblo; como artista asume una actitud distinta ante las reglas literarias impuestas, y comienza por hacerse presente en la obra al introducir en ella la subjetividad.

En España, el romántico lucha por la necesidad de expresar su nacionalismo dentro del campo artístico y se divorcia totalmente de la erudición típica del clasicismo francés. El romanticismo modifica, desde la parte más profunda, la concepción del artista.

Temas de inspiración para los escritores románticos son los asuntos de la época medieval, las historias amorosas con tintes exóticos y de preferencia orientales. El artista atenderá esencialmente a su inspiración.

El romántico no puede aceptar la realidad que lo circunda cotidianamente y busca nuevos caminos: veredas que lo alejen de la realidad prosaica y lo sumerjan en un ámbito diferente. Un punto de vital importancia para el romántico es

el culto a los sentimientos que a la manera de los asuntos medievales se ejerce en torno al amor, a la religión, al paisaje y a la patria.

El romanticismo del siglo XIX "es un florecimiento que en la novela estaba destinado a marchitarse rápidamente bajo el frío soplo del realismo, cuyas primeras influencias se hallan en las últimas novelas románticas".¹ Es pues un hecho que el realismo "no desbancó de un golpe al romanticismo, sino que hubo una época de transición en la que hubo novelas semi-realistas".²

Si nos remitimos al origen, a las primicias de la actitud realista del ser humano, tenemos que recurrir a toda la tradición oral, al punto de partida anterior a la Epopeya de Gilgamesh.³ El acontecer diario está totalmente vinculado a una concepción mágica de la vida que pretende tener una finalidad práctica: curas de las enfermedades, alejar a los malos espíritus, atraer las fuerzas superiores de la naturaleza para beneficio del hombre y de sus comodidades rudimentarias.

Por otra parte el hombre primitivo a través del lenguaje comienza a revelarse su intimidad y su mundo, donde predomina la imaginación.

1 Ralph E. Warner, Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, pág. 79

2 Carmelo M. Bonet, El realismo literario, pág. 9

3 La Epopeya de Gilgamesh es un texto encontrado en 12 tablillas en la biblioteca de Assurbanipal en Mesopotamia; contiene un total de 3,600 versos. Es uno de los recuentos más antiguos de los orígenes del mundo que se conoce.

En los primeros momentos de la vida del hombre la palabra adquiere un significado mágico, y cuando aquél se socializa, el poder del lenguaje se convierte en una fuerza natural; cuando el hombre nombra las cosas aprehende la realidad.

Cuando surge la literatura escrita, literatura histórica, que va a contener los valores definitivos de cualquier núcleo social, el hombre no renuncia, evidentemente, a los poderes mágicos del lenguaje.

Recordemos que la primera explicación del ser humano es producto de su fantasía, pero que ésta también es parte de su realidad. Deja libre así la alternativa hacia una tendencia que si bien es un movimiento literario decimonónico, está siempre presente en la literatura de todas las épocas: el realismo.

Las primeras manifestaciones artísticas plasmadas en el arte rupestre son un intento de verificar la realidad, son pues, una revelación e interpretación de ésta surgidas de una concepción objetiva y real.

La obra de arte a través de todos los tiempos "brinda un reflejo de la realidad más fiel en su esencia, más completo, más vivo y animado del que el espectador posee en general".⁴

⁴ Georg, Luckacs, "El reflejo artístico de la realidad" en Lecturas Universitarias, pág. 97

El realismo literario

Realistas son algunas escenas de La odisea y algunos detalles concretos de Los diálogos de Platón. El poema del Cid está considerado por su exactitud histórica como realista. El mismo Decamerón defiende una actitud real ante la idealización de Petrarca y Dante. Realistas son El Lazarillo de Tormes y La Celestina, de Fernando de Rojas.

La historia de la literatura nos presenta antecedentes definitivos de la actitud realista del individuo y de su arte. Pero la corriente propiamente llamada realista se forma con la obra de Balzac, Flaubert, Pérez Galdós, Stendhal, Dickens, Tolstoi y Dostoiewsky.

Partiendo de los esquemas más elementales, el realismo es un intento de imitar la realidad ⁵ y supone que la descripción agota el sentido del mundo. ⁶

El realismo tiene como finalidad eliminar los elementos innecesarios, separar lo accidental de lo sustancial y comunicarnos la verdad sin deformaciones. Es una fiel reproducción de la vida que debe efectuarse con objetividad; surge de los problemas y las experiencias que la misma existencia presenta.

En la corriente realista el hombre debe reproducirse co

5 Cfr. Carmelo M. Bonet, Opus cit. pág. 15

6 Cfr. José Clemente, Estética del lector pág' 41

mo lo vemos, como es. El artista debe plasmarlo todo y no dejar la puerta abierta a la adivinación; debe, por ello, recurrir a las fuentes vivas.

Dentro de esta concepción del realismo Carmelo M. Bonet señala que aparecen dos tipos diferentes: el objetivo y el subjetivo, y que en la producción de esta corriente se manifiestan siempre los dos tipos. Habría que agregar que "El comienzo del realismo tiene que buscarse en las novelas en que la tendencia realista es la dominante, no la única" ⁷

Y bien, si el realismo es un intento por retratar o proyectar la realidad, ¿qué pretende?

Realidad no sólo es aquella que se manifiesta por signos y de la cual la ciencia y la razón nos dan muestra, sino también es ese plano oculto y oscuro de nuestro propio espíritu.

En este sentido, cuando volvemos nuestra mirada hacia el pasado y nos encontramos con grandes escritores como Balzac, Stendhal o Dostoiewsky sabemos que nos han mostrado "sus poderosas facultades de observación y de análisis; son grandes porque han pintado su época y no porque hayan inventado cuentos". ⁸

7 Ralph Warner, Opus cit. pág. 91

8 Carmelo Bonet, Opus cit. pág. 181

De otra manera también Ernesto Sábato (1911-) nos lo ha explicado "...no toda la realidad era la del mundo físico, ni siquiera la de las especulaciones sobre la historia o las categorías; cuando se advirtió que también formaban parte de la realidad (y en lo atinente al hombre de manera capital) los sentimientos y emociones, entonces se concluyó que las letras eran también un instrumento de conocimiento, y acaso el único capaz de penetrar en el misterioso territorio del hombre con minúscula" ⁹

A medida, pues, que la literatura realista va ahondando en su propia esencia tiende no sólo a la descripción exterior, sino también a la interior. Y la pieza literaria es en última instancia un fragmento externo e interno de la realidad del hombre, y que al transportarla el escritor al papel la matiza a través de su circunstancia personal. La pieza literaria es, por lo tanto, un reflejo, un espejo colocado a lo largo de un camino, como diría Stendhal, en mayor o menor medida deformante,¹⁰ mas no por ello deja de ser representativa de la función del hombre en su aquí y su ahora; no por eso deja de ser parte de su verdad.

Abundando sobre el tema recordemos las palabras del existencialista Kierkegaard "La realidad es un estado del alma",¹¹ sentencia que nos permite traspasar los límites ra-

⁹ Ernesto Lumeano Sábato, "Características de la novela contemporánea" en Lecturas universitarias, pág. 172

¹⁰ Ermilo Abreu Gómez, Carta a un joven novelista, pág. 10

¹¹ Carlos Blanco, "Realidad y estilo de Juan Rulfo" en Revisita mexicana de cultura, pág. 59

cionales y hallarnos ante lo misterioso y mágico.

La literatura nos ha dado textos donde se deja constancia de lo fantástico, de lo prodigioso, de lo milagroso, es decir de "la otra realidad" que es parte de la misma que poseemos.

La odisea es un recuento de mitos griegos en los que se mezclan los héroes y los dioses. Las mil y una noches y la Biblia también podrían servir como ejemplos. El conde Lucanor del infante Don Juan Manuel (1282-1349), el Calila et Dimna y el gran clásico del humorismo: François Rabelais (1490-1553), Teodoro Hoffman (1776-1822), los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm (1785-1863) en Alemania o Charles Perrault (1628-1703) en Francia.

Lo misterioso de la realidad recorre desde la novela folletinesca y fantasmal de Robert Lewis Balfour (R.L. Stevenson) (1850-1894) hasta los estremecimientos del alma de Edgar Allan Poe (1809-1849), de Franz Kafka (1883-1924); desde la genialidad de Jorge Luis Borges (1899) y los relatos de Horacio Quiroga (1878-1937) hasta la prosa de Juan Rulfo (1917) y de Gabriel García Márquez ().

Y bien, el realismo está presente desde el nacimiento del hombre, y dentro de su misma sorpresa y explicación fan-

tástica de lo que circunda; el realismo como corriente literaria asume una posición definida lanzándose a la diserción de la realidad a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Realismo en España.

En España encontramos a un grupo de novelistas que van a partir de la observación de la vida cotidiana y de la actualidad viva para dejarnos un recuento final de su circunstancia.

Como precursora de esta tendencia tenemos Fernán Caballero (1796-1877) (Cecilia Böhl de Faber) que publica a manera de folletín, en 1849, su novela La gaviota, donde describe ciertos rasgos de la vida popular española. Nos transmite escenas de costumbres que va uniendo a través de una trama novelasca. Nos comunica principalmente una imagen de lo que es el pueblo español en su vida diaria, da cuenta de sus giros idiomáticos, sus tradiciones y creencias. La producción de Fernán Caballero posee también una intención moralizadora y un tono optimista. En su labor creativa podemos percibir ciertos elementos que pertenecen definitivamente a la corriente romántica: como la idealización del ambiente o ciertos efectos dramáticos.

La gaviota muestra la etapa de transición entre el romanticismo y la nueva actitud creadora llamada costumbrismo. Anderson Imbert define este cambio de la siguiente manera: "El costumbrismo, de origen romántico, acabó por hacerse realista".¹²

A partir de Fernán Caballero se hace en España más evidente y necesaria la observación de la vida real, y esto lleva a todo un grupo de novelistas a reproducir el ambiente regional y acentuar el aspecto descriptivo. Según Juan Ignacio Ferraras, la novela realista en España sólo pudo surgir después de un sacudimiento social de la magnitud de la Revolución de 1868, ya que sin ésta el costumbrismo hubiera seguido imperando mucho más del casi medio siglo que duró.

Dentro del gran grupo de novelistas del realismo destacan Juan Valera (1824-1905) con su obra Pepita Jiménez, (1874) donde el plano anecdótico pasa a segundo término y cede su lugar al aspecto descriptivo del libro. Pepita Jiménez aparece cuando el novelista tenía ya 50 años y parte de la novela está elaborada en forma epistolar.

En Juan Valera y muchos de los novelistas de su momento se aprecia una necesidad de perfeccionamiento dentro de la obra literaria, cualidad que los separa en gran medida de la

¹² Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana, pág. 289

corriente anterior.

Los novelistas realistas sustituyen los temas históricos del romanticismo por los temas de su momento y abandonan al héroe o a la heroína típica de los románticos. A partir de ellos nos vamos a enfrentar a personajes que tienen más que ver con nuestra vida diaria.

En cuanto al lenguaje hay una necesidad de plasmar el habla sencilla y habitual al mismo tiempo que se alejan de lo exageradamente dramático. Se separan de la concepción romántica del momento de inspiración irreplicable, para pulir y limar su estilo, para corregir la obra entre una y otra edición y darle así el carácter "real" que pretenden.

Surge luego otro novelista importante: José María de Pereda (1833-1906), autor de novelas como El sabor de la tierra (1882), Sotileza (1885), Peñas arriba (1895); sus obras poseen un "aliento magnífico, más próximas a los procedimientos épicos del poema"¹³ y sin embargo son de marcado carácter realista.

La producción de más alcance de Pereda la encontramos en las obras donde describe el ambiente, los tipos y el paisaje de su tierra; y como característica sobresaliente su len-
 13 Valbuena Pratt, Historia de la literatura española, pág.258

guaje está saturado de giros dialectales de las regiones que describe.

Pero la figura cumbre del movimiento realista español es Benito Pérez Galdós (1843-1920) que con su obra en 46 volúmenes, los Episodios nacionales (1873-1875) nos proyecta una historia novelada del siglo XIX en España.

A Galdós le preocupa menos la descripción del paisaje. Lo que verdaderamente le apasiona es presentar un fiel reflejo del Madrid de la clase media popular, de los lugares donde pululan los prototipos madrileños.

Después de los autores más destacados dentro del movimiento realista español encontramos a la segunda generación, cuyas figuras más prominentes fueron el padre Coloma (1851-1914), con su obra Pequeñeces (1891), Emilia Pardo Bazán (1851-1921), con su obra Los pazos de Ulloa (1886); Armando Palacios Valdés (1853-1938), con La hermana San Sulpicio (1889) y Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), con su obra Sangre y Arena (1908).

Los autores del realismo se orientaron principalmente hacia la narrativa y el cuento. El siglo XIX se caracteriza por el gran desarrollo periodístico, que permite a los autores publicar con gran asiduidad narraciones breves.

Realismo en Hispanoamérica

La corriente realista al llegar a Hispanoamérica produce también un notorio cambio de actitud y alcanza un gran desarrollo que se mantiene hasta el siglo XX.

Los escritores americanos se encontraban pendientes de los cambios que en el terreno literario se suscitaban en España. De inmediato los novelistas del realismo tuvieron un grupo de seguidores en Hispanoamérica y, sin darse cuenta, comenzaron a crear una literatura americana a través de la novela: más tarde se percataron de la situación y la explotaron abiertamente.

En los primeros intentos, al reproducir retratos de personajes y escenas regionales fueron de tal manera obvios que los mismos novelistas consideraron en muchos momentos como costumbristas sus producciones.

Habría pues que señalar la frontera entre realismo y costumbrismo, pero esto encierra un alto grado de dificultad pues los mismos novelistas iban de un terreno a otro constantemente.

El realismo en Hispanoamérica se muestra consciente de

la importancia de los cambios sociales que se operan en su época. Son dos los países americanos en los cuales se produce el mayor número de novelas tanto realistas como naturalistas: Argentina y México. "...El hecho de que los escritores que habitaban las grandes ciudades de estos dos países se preocuparan tanto por el cambio y la tradición es explicable ya que era allí donde se estaba produciendo un proceso más rápido de modernización y donde se era más consciente de su propio progreso".¹⁴ Pero además, el realismo hispanoamericano abarca un tema que en España no podía darse: la degradación de los indios. A finales del siglo, nuestros novelistas comenzaron a inquietarse también por los aspectos correspondientes al lenguaje y al estilo, al mismo tiempo que plasmaban la vida del campo y la provincia, lo que en muchos países dio en llamarse "criollismo". Es pues muy amplia la escala en que se desarrolló en Hispanoamérica la corriente realista. Podemos afirmar que aún son "realistas" casi todas las novelas que se escriben en nuestros países, pues pretenden reflejar la realidad y señalar los males que padecemos.

Dentro de la inquietud de índole del realismo en Hispanoamérica, podemos citar en Argentina a José María Miró (Julían Martel; 1867-1896) con su novela La bolsa, donde pone de manifiesto la especulación "... que identifica con la penetración de elementos extranjeros [entiéndanse judíos] en la vida nacional"¹⁵ Otro ejemplo de esta concepción moralizante la te

14 Jean Franco, Historia de la literatura hispanoamericana, pág. 124

15 Ara G. La novela naturalista hispanoamericana, pág. 150

nemos en el argentino Lucio Vicente López (1848-1894) con su producción La gran aldea (1884) donde el autor describe las costumbres de Buenos Aires; el escritor nos narra las consecuencias nefastas de la ambición desmedida del lujo y el refinamiento, y la pérdida de los valores humanos en las relaciones cotidianas. Los personajes caen en su propia trampa y reciben una lección al sucumbir ante la modernidad.

Otro autor significativo de esta época es el chileno Alberto Blest Gana (1829-1904) que obtiene un premio con su novela La aritmética en el amor (1860) en la cual por vez primera dentro de la literatura chilena surgen personajes chilenos prototipos.

En lo referente a la literatura realista que proyecta la situación del indio, o la novela indianista, tenemos solamente un ejemplo Aves sin nido (1889) de Clorinda Matto de Turner (1854-1909) escritora peruana. En su novela vemos la combinación de aspectos románticos y realistas; a lo largo de la anécdota se aprecia una marcada crítica anticlerical.

Dentro de la novela denominada criollista encontramos al colombiano, Tomás Carrasquilla (1858-1940). En sus obras vislumbramos la vida de la provincia: Frutos de mi tierra (1896), La marquesa de Yolombó (1926). Se plantea en ésta un enfrentamiento entre la provincia y la metrópoli.

Un aspecto vital dentro de la creación de los escritores criollistas era el de la verosimilitud. El criollismo propició y desarrolló las novelas que se enmarcaban en el ambiente rural; el momento culminante dentro de esta actitud literaria lo encontramos en los años anteriores a 1918 con Javier de Viana (Uruguay 1868-1926), Mariano Latorre (Chile 1886-1955), cuando los dos proyectan la dureza de la vida de los habitantes del campo. En Viana nos acercamos a los gauchos uruguayos y a la degeneración de las poblaciones rurales. Mientras que Latorre se orientó hacia la descripción de la vida de los montañeses y de los pescadores chilenos.

Pero independientemente de las peculiaridades que distinguen al criollismo dentro de la literatura realista, siempre poseyó éste el rasgo moral característico del movimiento Hispanoamericano. La concepción que se generaba de la moral estaba orientada hacia las minorías rurales. Los escritores no sólo se dedicaban a reproducir las carencias de los campesinos, sino que asumían una actitud de rescate ante la injusticia de que eran víctimas los habitantes de las zonas rurales.

En general podemos decir que el patrón común de la literatura realista hasta 1914 encierra una actitud determinista. El eje central era la crisis entre la modernidad y la importancia de los valores tradicionales. Por tal razón, los no-

velistas incidían con una tendencia crítica en contra de un supuesto progreso que aniquilaba las instituciones antiguas e instauraba nuevos mecanismos de masacre y explotación.

Paradójicamente, esta manera de pensar unía al realista de Hispanoamérica con el poeta romántico, por lo que respecta a conservar una tradición y al pavor hacia la pérdida de valores, el miedo a un desorden moral que podía producirse como consecuencia del nuevo materialismo.

En México el costumbrismo y el realismo tienen un buen número de cultivadores y el movimiento se da a mediados del siglo XIX.

Nuestros escritores tienden a proyectar la situación del campo y aquí aparece el personaje del charro, muy significativo e importante para la vida nacional. El charro en la literatura de nuestro país surge al mismo tiempo que el gaucho en Argentina y Uruguay.

El charro era en gran medida producto de los grandes cambios políticos por los que había pasado nuestro país. Era bondadoso y cruel, se convertía en un héroe o encarnaba un peligro en la comunidad. Era un extraordinario jinete y manejaba con habilidad la reata y el arcabuz. Era campesino, revolucionario, soldado seguidor del gobierno, patriota o bandolero en los mismos instantes.

Y partiendo de este personaje que poseía evidentemente aspectos correspondientes al romanticismo, Luis G. Inclán (1815-1875) con su novela Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama (1865-66) crea a Astucia, el personaje central del libro que vive una serie de aventuras y protege a toda una comunidad que se dedica al contrabando del tabaco. La obra es todo un cuadro de costumbres y posee la espontaneidad y la viveza del lenguaje de la gente del campo. Se entremezclan en esta novela características románticas y también situaciones de gran veracidad.

Otro autor de suma importancia en este período es Manuel Payno (1810-1894) que escribió El fistol del Diablo (1845-46) y Los bandidos de Río Frío (1889-1891). El mismo Payno señaló la clasificación de su novela, considerándola naturalista, humorística, de costumbres, de crímenes y de horrores.

La novela apareció por entregas y es de una gran riqueza en cuanto a la presentación de personajes y costumbres de México en el siglo XIX. Los bandidos de Río Frío presenta la diversidad de matices de distintas clases sociales, y desarrolla historias diversas dentro del marco nacional. Los personajes han sido extraídos de la realidad mexicana y se desenvuelven en medio de situaciones conflictivas desde el punto de vista político.

Vicente Riva Palacio (1832-1882), interesado por los tópicos históricos busca en el pasado el material para sus novelas y escribe en 1868 obras como Martín Garatuza; Calvario y Tabor, Monja y casada, virgen y mártir.

Un autor muy significativo es Ignacio M. Altamirano (1832-1893) con sus obras: Clemencia (1869), La navidad en las montañas (1870), Cuentos de invierno (1880) y El Zarco (1888).¹⁶ Altamirano supera el plano meramente costumbrista y se interesa por el valor estético de la obra literaria, conservando su alto contenido nacionalista.

Otro escritor de gran envergadura es José López Portillo y Rojas (1850-1923) quien juzga que sobre todas las cosas la literatura debe ser nacional y proyectar lo que verdaderamente somos. En su obra La parcela (1898) vemos aparecer personajes campesinos de lo más variado, y que se peculiarizan por un arraigado y profundo amor a la tierra.

Posteriormente, nos encontramos con la personalidad de Rafael Delgado (1853-1914) que manifiesta una tendencia moralizadora en novelas como La calandria (1891) o Los parientes ricos (1903)

¹⁶ El Zarco es la obra póstuma de Altamirano y fue impresa hasta 1901.

Otros novelistas son José Tomás de Cuéllar (1830-1894) que con su seudónimo de Facundo escribe La linterna mágica (1889-92); Angel de Campo, Micrós (1868-1908), escritor costumbrista cuyos cuentos se recogen en tres volúmenes: Ocios y apuntes (1890), Cosas vistas (1894) y Cartones (1890-91).

El naturalismo

Poco a poco la corriente realista va planteando otras posibilidades y así se va abriendo brecha el naturalismo, como una derivación muy significativa de la necesidad de retratar la realidad. La lectura de Zolá en Hispanoamérica produjo muchos seguidores de éste, pero no logran una trascendencia como para convertirse en corriente literaria. Los autores que parten de Zola, en realidad agudizan el determinismo realista, ya como explicación del medio ambiente en que se desarrollan los protagonistas ya como producto de la herencia. Es el realismo exacerbado el que da origen al naturalismo.

Es en el siglo XX cuando el naturalismo surge y se caracteriza de una manera incisiva: se imita a la naturaleza de una forma totalmente abierta. Por otra parte, de la realidad se toma lo más oscuro; de las clases sociales, los bajos fondos; y de la miseria y la abyección que priva en ellas, el vicio. Y como producto de su inspiración hay en las pro-

ducciones naturalistas un sentido pesimista y fatalista.

Las teorías de los seguidores del naturalismo se fundamentaron principalmente en el tratado del fisiólogo francés Claude Bernard (1813-1875) Introducción al método de la medicina experimental (1865) ¹⁷

Zola y toda su escuela desprendieron de ahí una serie de conceptos sobre la herencia, que en su momento juzgaron irrefutables puesto que se apoyaban en una posición científica, pero que al paso del tiempo resultaron muy discutibles. La escuela naturalista afirma que el hombre está compuesto solamente de instintos y apetitos; se vislumbra en ella el lado material de la existencia.

Émile Zola nace en París. Fue partidario de los estudios fisiológicos, y por lo tanto pretendía a través de sus libros demostrar la importancia y la determinación definitiva que tiene el plano físico sobre el moral.

Para él, la herencia tiene una fuerza superior a la actitud del ser humano y por más que se desee no podemos erradicarla ni evadirnos de ella. Émile Zola decía: "la herencia

¹⁷ Claude Bernard publicó también La ciencia experimental (1875) Su teoría tuvo gran influjo en el pensamiento del XIX. A su investigación proporcionó un método nuevo, riguroso y científico de la realidad viviente, que él denominó "razonamiento experimental" cuyo fundamento es que el fisiólogo debe ser siempre analítico hasta llegar a conocer la relación, existente entre los fenómenos naturales y las condiciones que determinan su existencia. Este modo de conocimiento fue denominado por el mismo Bernard "determinismo".

tiene sus leyes como la gravedad".

De entre sus obras, quizá la más significativa es el ciclo de veinte novelas Les Rougon-Macquart (1871-1893) donde se aprecia de una manera vehemente el desarrollo del aspecto hereditario y surgen las pasiones y los vicios como una consecuencia lógica de un daño orgánico que ha destruido una raza para siempre.

La obra de Zola a más de significativa es copiosa. Entre otras y además de Les Rougon-Macquart: Thérèse Raquin (1867); La curée (1874), Le ventre de Paris (1874); L'assomoir (1877), Nana (1877) (que batió los registros de edición, por estar rodeada de una gran fama de obscenidad); Au bonheur des dames (1885), Le rêve (1888) La débacle (1870), Trois villes (1894-1898), Quatre évangiles aunque solamente aparecieron tres: "Fécondité", "Travail" y "Verité", del último sólo se conoce el título "Justice" o "Humanité".

El naturalismo es una escuela que se deriva del realismo, y que cristaliza cuando éste deja de ser observador y se transforma en experimentador de la realidad, lo cual trae consigo la necesidad de ampliar el grado de objetividad científica, que es el punto medular de la tendencia naturalista. La técnica del naturalismo se diferencia en muchos puntos de la del realismo aunque surga de éste. Se exagera el análisis

de la realidad y el análisis clínico de los personajes.

En el naturalismo el novelista no persigue una finalidad moralizadora, su punto esencial es la objetividad. Todo lo que el hombre realiza tiene causas y razones dadas, así al hombre no lo podemos separar de su medio, de su vestido, de su pueblo. Zola señala que el organismo fisiológico determina todo lo que al hombre se refiere.

En la escuela naturalista francesa se destacan además de Emile Zola, Alphonse Daudet (1840-1897) y Edmond (1822-1896) y Jules Goncourt (1830-1870).

En México sólo a Federico Gamboa (1865-1939) se le considera como escritor naturalista. Publica Del natural (1888), Apariencias (1892), Suprema ley (1892) y Metamorfosis (1899) y en cada una dibuja los variados aspectos de la vida en la ciudad. De gran popularidad gozó su novela Santa (1903) y por último en 1908, Reconquista y La llaga que también gozaron del aprecio del público.

CAPITULO III

RABASA COMO NOVELISTA

Los años en que se realizó la novela realista en México, van de 1887 (fecha de aparición de La bola) a 1910 (fecha de aparición de Fuertes y débiles de José López Portillo y Rojas), época que coincide con el gobierno de Porfirio Díaz y con la corriente modernista.

Emilio Rabasa se dedicó fundamentalmente al periodismo y a la política. Ocupó los puestos más diversos: catedrático, diputado, senador, gobernador de su estado y representante del gobierno mexicano en los Estados Unidos. Alcanzó un renombre importante como jurista y sobre todo como experto en derecho constitucional mexicano.

Se distingue también en el periodismo nacional y en revistas de carácter jurídico. Fue miembro de distintas organizaciones científicas. Dentro del campo de la abogacía Rabasa escribe El juicio constitucional, La organización política de México y La evolución histórica de México.

Se considera a Emilio Rabasa como introductor del realismo en la novela mexicana. Sin dejar de pintar el cuadro

de costumbres, sin dejar de transmitir el reflejo del ambiente, irá más lejos al interesarse en el estudio de los caracteres y comunicarnos la importancia del aspecto político y social. En Emilio Rabasa se mezclan dos tendencias, la del artista y la del hombre de ciencia.

Las cuatro novelas de Emilio Rabasa: La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa nos señalan ya cómo ha sido superado el simple costumbrismo.

A lo largo de la novela de Rabasa y como característica esencial de su estilo se manifiesta la ironía: "dedicó a la rutina de la vida social, a las mezquindades de la política, una sonrisa de gran señor, llena de ingenio e ironía".¹

A medida que recorremos las cuatro novelas de Rabasa penetramos en la problemática social, en la injusticia y en las arbitrariedades del sistema que van a generar paulatinamente el descontento del pueblo, y por fin, el movimiento revolucionario maderista de 1910.

Son muchos los temas que van surgiendo en su obra literaria. Encontramos el amor, la ambición, la traición, las intrigas, el oportunismo y dentro de todo ello, a los personajes. De inmediato podemos descubrir al idealista en Juanito Quiñones y al político pragmático en don Mateo Cabezudo. Es-

¹ Manuel González Ramírez, Prólogo y selección de la obra Retratos y estudios de Emilio Rabasa. pág. XII

tas dos posiciones van a desarrollarse en cada una de las novelas. Rabasa es un extraordinario retratista y reproduce los tipos característicos de la provincia mexicana y de la política nacional de principios de siglo.

Las novelas surgen desde el fondo de su experiencia la-
boral dentro de la política y así las proyecta. Un tono de
sinceridad y una profunda preocupación podemos notar en el
connotado jurista, él mismo señala "...el caciquismo topo y
voraz, el militarismo insolente, la burocracia corrompida y
el imperio de la fuerza del dinero, dominando todas las acti-
vidades del país en forma brutal". ²

Desde muy temprana edad Emilio Rabasa sintió inclina-
ción y amor hacia la literatura, pues como señala Andrés Se-
rra Rojas en El Universal, a los 16 años publica una "Oda a
Castelar" en La Iberia, periódico oficial de Chiapas. ³

Rabasa mueve a sus personajes centrales —Juan Quiñones
y Mateo Cabezudo— del pintoresco pueblecito de provincia a
la capital del estado, y de ahí a la gran urbe citadina. Nos
enfrenta a la dicotomía de la provincia y la ciudad. Sus
personajes van de la conflictiva reducida del pueblo, a la ma
yor complejidad de la capital, para llegar finalmente al in-
fierno de la metrópoli.

² Jorge Gaxiola. "El primer centenario del nacimiento de Don
Emilio Rabasa", en Excélsior, Diorama de la Cultura, 27 de
mayo de 1956, pág. 1

³ Cfr. nota - de capital

Los elementos que Rabasa utiliza a lo largo de su creación literaria son verosímiles: todo lo que narra es posible. El cuadro a que nos refiere es bastante pesimista; de alguna manera el autor nos muestra la derrota de la gente del campo, su incapacidad para abrirse brecha en la gran ciudad, y así afirma: "Es la educación que engendra diferencias horizontales y no la raza (...) lo que (...) empuja a las gentes para que se destaquen en las funciones que en México son más estimadas".⁴

En Rabasa existe una denuncia; en su obra percibimos la necesidad de desenmascarar lo que es el caciquismo, la burocracia, la corrupción y la baja política en México. Tal parece que al iniciar sus novelas partió de la idea precisa de los lastres y las deficiencias que habían en nuestra sociedad.

Emilio Rabasa coquetea con dos tendencias, por una parte lo hallamos ubicado dentro de un sentimentalismo romántico, y por otra reconocemos su esfuerzo por observar y comunicar la realidad de una manera novedosa. Esto significa que al principio de todo movimiento literario se arrastran resabios del movimiento anterior.

A diferencia de la corriente romántica, a nuestro novelista no le interesa la descripción del paisaje y a veces cuando tiene que hacerlo lo hace rápida y descuidadamente.

⁴ Salvador Azuela. "Rabasa, historiador y sociólogo", en El Universal, 9 de junio de 1956, p. 3

Rabasa manifiesta una gran preocupación por el decoro en sus novelas, frecuentemente aclara el cuidado que ha prestado para reproducir situaciones y anécdotas que cualquier persona de "buena educación" pueda leer.

En las novelas de Rabasa descubrimos a un gran observador que procura no caer en la actitud moralizadora tan frecuente en los escritores mexicanos de la época. Sin embargo, hace énfasis en la podredumbre de ciertas esferas y clases sociales.

Las dos figuras principales que deambulan en las cuatro novelas manifiestan grandes cambios desde el principio hasta el final de las mismas. Ambos poseen cualidades y defectos y los dos, de acuerdo a las circunstancias que viven, van modificando su conducta y hasta su ideología.

En realidad es breve el lapso en que Rabasa se dedica a la literatura, pues parece ser que a raíz de La guerra de tres años solamente escribió un cuento y no regresó más a las letras.

Después de las deliciosas pero excesivas fantasías en que habían caído los escritores del romanticismo, surge Emilio Rabasa en un plano reconciliatorio con la realidad. Esta actitud la podemos apreciar fundamentalmente en La bola y La

gran ciencia. En La bola, cuando nos describe a Remedios lo hace de la manera siguiente: "No hay señor que ignorados sus padres, resulte luego hija del sultán de Marruecos".⁵ Sin embargo no logra suprimir del todo la influencia romántica. La intromisión constante del autor en su obra y la idealización de situaciones y personajes lo delatan con frecuencia.

Enrique González Martínez nos refiere el juicio siguiente: "Tal vez quisiéramos, para nuestros gustos de hoy, un poco más aliño; también pediríamos mayor trascendencia de la que nos produce esta pintura fiel y de observación penetrante... Pero hay vida en los relatos; los personajes tienen sello humano, y hay muchas cosas atinadas y profundas. Si Rabasa hubiera escrito hoy estas novelas, quizás nos encantara con ciertas maestrías que se adquieren con los años; habría sido más breve; el estilo se nos presentaría más acicalado y perfecto; el objetivismo descriptivo se trocaría en análisis penetrante de almas... Pero mucho tal vez se habría perdido: la sinceridad ingenua que antes se indignaba de lo que hoy la malicia sonríe; el fuego del entusiasmo que la vida aminora; la ~~frescura~~ infinita de las primeras impresiones; la fe en los beneficios de la sátira; y sobre todo y a pesar de que Rabasa no es un temperamento emotivo, el vago perfume poético que im

5 Emilio Rabasa. La bola y La gran ciencia, pág. 33. A partir de esta nota, cada vez que me refiera a la obra citada solamente anotaré las páginas entre paréntesis.

pregna de cuando en cuando estas páginas de juventud".⁶

Si hay que hablar de influencias literarias en Rabasa la crítica en general dice que tendremos que ir directamente a Pérez Galdós; sin embargo poco se ha planteado la cercanía de Rabasa con Fernández LBzardi.

Al respecto, Manuel Pedro González nos dice: "Lo primero que se percibe es el íntimo parentesco en la concepción picaresca de la novela, tanto en El periquillo como en la primera obra de Rabasa, género que nunca cultivó Galdós. Los cuatro tomitos en que se divide la creación de 'Sancho Polo' son de legítima prosopía picaresca, no sólo por la forma autobiográfica en que la obra fue concebida y escrita, sino por su filosofía un poco cínica y estoica a la vez, por la situación y la actitud del joven protagonista y narrador que observa la tramoya de la politiquería mexicana y filosofa sobre ella en forma humorística y desenfadada. La vida aquí está vista 'en pícaro' y con la actitud del pícaro tradicional, aunque limitado el ámbito de su observación a las martingalas y trapisonadas del ambiente político mexicano hacia los comienzos del porfiriato"⁷

En La bola, Sancho Polo inicia la narración con una descripción de la fiesta de independencia que se celebra en Méxi

⁶ Enrique González Martínez, Opus cit. pág. XII-XIV

⁷ Manuel Pedro González. Trayectoria de la novela en México co, pág. 65

co, y que por su colorido y algarabía pintoresquísima, puede ser retratada de la misma manera en cualquier pueblo de la República.

Juanito Quiñones, de 20 años, el narrador que meticulosamente nos describe los sucesos en primera persona hace que observemos en sus apreciaciones no sólo el interés que demuestra por lo que lo rodea, sino también el que asume una actitud crítica y de análisis.

La fiesta se deja sentir por medio de elementos auditivos. Ahí están los cohetes desde horas muy tempranas para realizar el día tan importante; también escuchamos "...el martilleo de la diana" que produce un tambor y ¡claro!, las campanas de la iglesia. Es el día en que la mayor parte de la gente del pueblo estrena traje o vestido para lucirse a la hora del discurso o después, en la plaza central.

Desde el inicio de la novela podemos percatarnos de que Juan Quiñones posee, si no una sólida cultura, sí una serie de conocimientos que superan a la mayoría de sus coterráneos y que, evidentemente, lo hacen distinto. Rabasa aprovecha constantemente cualquier circunstancia para salpicar las meditaciones de su personaje con citas clásicas, o referencias cultas: "Tomé calle abajo, con el doble objeto de incorporarme a la banda de música y de pasar por las ventanas de Reme-

dios, fiado en que su alborozo la habría levantado ya; pero defraudó mis esperanzas, sin duda por el temor que le infundía el celoso Argos que la guardaba..." (p.4)

Y más adelante dice: "El pastorcillo de grande ingenio y sonoro rabel y la zagaleja de rosados talones y manos de algodón, no se crían en el rancho de la Guayaba: sólo pueden vivir y medrar en el gabinete de estudio del desalmado heleenista que, a trueque de parecerse a los antiguos modelos, no rehusaría calarse el yelmo de mambrino ni aún tomar el bálsamo de Fierabrás. El es el temible desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, amparo de viudas y tutor de pupilas que sobrevivió a Cervantes; pero ahora rompiéndose prodigiosamente las ligas que pusieron entre amo y escudero la locura del uno y la simplicidad del otro, Don Quijote abraza su lanzón contra Sancho, y Sancho ríe a su sabor y menudea las burlas" (p. 63).

Desde un principio Sancho Polo establece una relación muy estrecha con el lector y a cada paso se justifica para no perder la simpatía del mismo:

"Perdónenseme estas pequeñas disgresiones referentes a mi persona; mas, por una parte, están justificadas con el hecho del tener yo tan principal parte en los acontecimientos

que voy a referir, y por otra, justo es que al recordar mis años juveniles, la memoria se derrame sobre el campo de mis íntimos sentimientos, y la pluma escriba lo que con tanta viveza se presenta a mi imaginación. Forzando, sin embargo, esta mi inclinación natural y justa, diré, para beneficio del lector, lo menos que pueda de mi persona..." (p.5).

Y bien, no sólo las explicaciones, sino que trata de convencer al lector para que lo comprenda y se comprometa con él a través de la acción.

El narrador manifiesta una identificación plena con el pueblo al que pertenece, San Martín de la Piedra, lo que hace que su discurso siempre sea de una gran vitalidad al narrarnos las costumbres y los festejos del lugar:

"Sea de esto lo que sea, el caso es que mi pueblo y yo estábamos contentos como nunca, y hasta admirados de la gracia y maña que la comisión del Ayuntamiento se había dado para arreglar los festejos con acierto y aún con cierta novedad..." (p. 6)

Para Rabasa es muy importante proyectar con la mayor precisión posible los hechos que narra, así que la descripción que lleva a cabo es sumamente detallada. Podemos citar como ejemplo de tal circunstancia la situación en que nos co-

munica los arreglos para el festejo público el patriótico 16 de septiembre:

"El templete, colocado en el portal de los Gonzagas (único en su género), no tenía por fondo dos sobrecamas como en el año anterior, sino las cortinas del altar de las ánimas...; en el centro se veía el retrato del padre Hidalgo, asentado sobre seis ballonetes artísticamente cruzadas en forma de abanico, y rodeado de banderitas tricolores de papel; a los lados del cuadro y a una vara de distancia, colgaban dos anchas fajas con los colores nacionales, y coronado el retrato del Libertador desplegaba atrevidamente las alas un águila de papel recortado...; y por último, a ambos lados del águila y en papeles de colores fuertes, se leían dispersos los nombres de Morelos, Allende, Abasolo, Mina, Rayón, Galeana... (p 6)

En el festejo se percibe definitivamente un ambiente de fiesta y alegría. Año con año se desarrolla tal acontecimiento, pero también año con año los pobladores de San Martín de la Piedra repiten la situación con ilusión e ingenuidad.

Después del ambiente festivo, Rabasa comenzará a darnos un mudo más real y menos romántico a través de las debilidades y los vicios que adolecen los habitantes de la región. Vemos la división existente dentro del mismo lugar, el palan-

quismo en un nivel primario y las intrigas que sazona la vida de los lugares más apartados:

"...La murmuración hizo cundir en aquella indisciplinada tropa el descontento, pues alguno de ellos expresó la idea de que si Pepe García llevaba la bandera, lo debía a que era sobrino del jefe político... (p. 7)

La división que se da entre los pedreños está marcada también geográficamente:

"Hacia el lado del arroyo se carga más, sin embargo, la población; de suerte que en aquella viven unos mil y pico de pedreños, y sólo unos seiscientos en el barrio de las Lomas; pero en cambio, los de las Lomas se creen más civilizados que los del barrio del arroyo... (p. 11)

Los personajes más significativos dentro de la acción van surgiendo lentamente a lo largo del festejo septembrino. En este punto Sancho Polo se detiene para matizarlos y comunicarnos cuáles son sus debilidades y cuáles sus aciertos; pero su actitud es tendenciosa desde el principio de la trama, ya que caracteriza a sus personajes de tal manera que nos obliga a tomar partido de inmediato:

"Poco tardó en llegar el jefe político don Jacinto Code

ras, vestido de negro con una levita que no cesaba yo de mirar, como se ve al único competidor temible; en seguida se presentó dándome bondadosamente la mano, mi vecino don Justo Llamas..." (p. 7)

Sentimos hacia Coderas, mediante la observación de Juani to, una desconfianza; no así con don Justo Llamas que en el ambiente familiar de las fiestas patrias y en su nombre mismo, nos comunica simpatía.

Más adelante se refiere a Severo, lo describe y abiertamente lo califica como un ser superficial.

"Pero gracias a Dios, Severo llegó a este tiempo con el cabello muy asentdo, la ropa enderezada convenientemente y el aire grave de su eterna y fastidiosa pedantería..." (p. 8)

Rabasa no permite al lector que elucubre en torno a las características de personalidad de sus protagonistas. A través del narrador precisa categóricamente las cualidades sin que haya lugar a dudas.

Los personajes los desenvuelve Rabasa; no sucede que cobren vida y que elijan solos su destino.

Rabasa siempre está presente para definir y marcar a

sus protagonistas.

Dentro del plano estilístico Don Emilio utiliza con frecuencia las comparaciones y también hace uso de ciertos giros locales y coloquiales, típicamente mexicanos. El lenguaje más bien es directo y claro, aunque a veces suela Juanito Quiñones reproducir uno más culto y elaborado. En términos generales su prosa es llana.

"Pasó un buen rato, durante el cual el síndico hablaba en tono resbaloso como piel de gato... (p. 7)

"Dormí con profundo sueño, sin pesadillas, sin sobresaltos, como se duerme en el hogar para despertar al alba y entregarse al trabajo honrado que alimenta a la familia" (p.94)

Y posteriormente dice:

"Media hora después, en el patio de Pedro Martín tenía reunidos hasta unos treinta hombres que, dignos soldados de un jefe como yo, pelearían como tigres y no se saciarían con trescientas víctimas..." (p. 137)

Las palabras y los giros de la región también le sirven a Sancho Polo para no caer en un tono solemne o de idealización ante los sucesos.

Tal cuestión podemos encontrarla cuando describe San Martín de la Piedra:

"A la entrada, casuchas de paja que forman una calle - irregular: después casas de mejor apariencia, algunas blanqueadas y todas cubiertas con tejas rojizas, y en seguida calle empedrada, estrecha y formada por dos hileras de habitaciones más confortables y cucas que las otras..." (p. 10)

Otro momento en que encontramos los giros típicos de un lenguaje popular es cuando el narrador nos refiere la situación política que prevalece en la región chiapaneca.

"...en el Congreso el licenciado Pérez Gavilán iba mirando, al grado de que contaba ya con una mayoría dispuesta a encauzar al gobernador cuando las cosas estuvieran en sazón; que dos jefes políticos acababan de ser removidos por sospechosos y sustituidos con personas que no servían para maldita la cosa..." (p. 15)

Así como cuando se suscita el incidente en que don Mateo Cabezudo es afrentado por Coderas en la fecha de la conmemoración de la Independencia.

"Llevábamos larga la hebra cuando apareció por la esquina el irritable Coderas con su comitiva, precedida por la extensa columna de chiquillos de la escuela..." (p.22)

O en el momento en que el tío Lucas defendiendo a Remedios afirma emotivamente:

"Pero ahí verá, don Juanito, que si don Camilo viene, no ha de entrar pidiéndonos la licencia. Y usted considere que el señor comandante mi compadre me dijo: 'compadre, cuidado con Remedios; primero que lo maten que soltarla, y si va don Camilo a la hacienda, dele agua'. Pos la verdad, don Juanito, que si viene le doy agua" (p. 83).

En la cotidianeidad de la vida en San Martín surgen situaciones y sucesos especiales que rompen la monotonía del lugar y dan pie para las famosas tertulias, sitios donde el chisme sobreviene libremente. Un cuadro completo de costumbres provincianas se dejan escapar de la pluma de Sancho Polo.

Cualquier acontecimiento que esté fuera de lo normal es materia suficiente para que por muchos días se borde sobre el mismo tema.

"...de aquel accidente sale materia para conversaciones y comentarios que duran todo el tiempo de aguas, en la tertulia de don Justo Llamas o en la que los domingos por la mañana se reúne en el portal después de la misa" (p.11)

Rabasa también hace alusión a los juegos infantiles que en su pueblo se desarrollaban:

"...los muchachos, que haciendo poco caso de la oración cívica jugaban a poca distancia al toro y a las cuatro esquinas..." (p. 23)

El narrador mezcla las situaciones pintorescas de su pueblo con la aparición de los personajes o la descripción del paisaje que los rodea, y aprovecha para hacer el análisis de los tipos que van apareciendo.

Desde un principio la figura de Mateo Cabezudo se presenta como la de un individuo obsecado y de gran ascendencia dentro del pueblo. A través de la pintura que se hace del comandante se nos comunica la forma casual y absurda en la que una persona de estudios casi inexistentes puede encumbrarse y alcanzar cierto prestigio dentro del ambiente provincial.

Don Mateo se había adherido a la milicia como producto de la leva y carecía de posición ideológica. Además, por el lugar de privilegio que poseía en San Martín, cuando Quiñones nos narra la historia, el coronel procuraba no recordar que su madre había sido lavandera en casa de Juanito.

Cabezudo es sólo un ejemplo del tipo de personaje que proliferaba en la anarquía de la política nacional. Había logrado una posición significativa en San Martín sin que hiciera mella su ignorancia o su ausencia de valores.

El comandante se había convertido en un personaje importante dentro del pueblo, y éste servía con su divisionismo a los intereses personales de un Coderas o de un Cabezudo.

En realidad "la bola" se inició en San Martín por circunstancias ridículas. Dada una cuestión personal, Cabezudo se enfrenta a Coderas y esto genera que se precipiten a un movimiento carente de bases y de valores trascendentales.

El ambiente que prevalece en la mayor parte de La bola es de inquietud. La situación del país es insegura y de un momento a otro las arbitrariedades del sistema culminarían con la protesta popular de una revolución. Aparecen entonces los síntomas característicos de los conflictos políticos,

acciones que se repiten siempre dentro del marco histórico de nuestro país:

"Realmente, las noticias de la capital eran alarmantes como sucede siempre que llega a las alturas del poder el rumor de próximas borrascas" (p. 17)

Un punto que Sancho Polo nos aclara con mucha frecuencia en su producción literaria es el hecho de que sus novelas están escritas para ser leídas por todas las personas, pues ahí no se encontrarán palabras malsonantes o descripción de acciones que lastimen la sensibilidad y la decencia de la clase media mexicana. Omite las palabras fuertes y esto le resta verismo a sus narraciones, de alguna manera nos desconecta de la realidad que fotográficamente trata de reproducir.

"Aquella situación embarazosa duró poco, pues don Mateo, empujado por su fiera cólera, salió de la sala municipal vociferando, y agotando en sus palabras cuanto la germanía de su cuartel tiene de más enérgico y vigoroso..." (p. 21)

Y se repite más adelante en el momento del primer choque entre Coderas y don Mateo:

"Hubo un momento en que el que el fuego sobre nosotros fue vivo y sostenido y a quemarropa. Creo haber oído el cho

que de los machetes sobre los fusiles enemigos, maldiciones, y gritos de dolor, voces de mando y exclamaciones de ira..." (p. 100)

Es evidente que Emilio Rabasa era un ejemplo clásico de la mentalidad de su época y conservaba las tradiciones y las normas de buena urbanidad y respeto heredadas. Así continúa en La bola protegiendo los oídos de sus lectores, aunque a veces se atreva a emitir alguna maldición ligeramente ofensiva:

"-¡Por poco me arrollan estos perros!- dijo con ira, y alcanzó una andanada de verbos y adjetivos que no puedo repetir.

- ¿Qué hay? - le pregunté agitado.

- ¿Qué hay? - que si no ha sido por mi sobrino Matías, que está en la trinchera de la iglesia, no puedo regresar. ¡Malditos! Que venga Pedro y le contaré quiénes no me dejaron salir y las groserías que me dijeron. Ya digo: si no es Matías, me quedo en plaza" (p. 134)

El tema quizás más significativo de toda la novela, el de la honradez escarnecida, nos lleva al de la falta de principios y de valores. Desde el inicio de la novela vemos una ausencia de ideología. Los personajes nos dan la pauta para ubicarlos en un plano peyorativo. El arrivismo llega a cada uno de los individuos, lo apresa y le da la posibilidad de es

calar posiciones estratégicas y políticas. De esta manera "la bola" no tiene ningún significado trascendental, esto es, no tiene ningún contenido ni valor y la gente se lanza a ella por mera casualidad.

"...pero un día cayó de leva Mateo, y se vio en el caso de tomar las armas, no sé (ni él tampoco) si en favor o en contra de su alteza serenísima" (p. 12).

En el pueblo de San Martín se deja ver el servilismo y la falsedad de las personas que de alguna manera tratan de colocarse o conservar en su posición, así que luchan por quedar bien con bandos oponentes para protegerse en caso de que el vencedor sea uno u otro. Este es el caso de los personajes como Bermejo.

"Volví la cara y me encontré frente a Bermejo, el recaudador, hombre ligado con cierta intimidad a don Mateo; pero que cuidaba como cosa propia el empleíllo y trataba siempre de nadar entre dos aguas..." (p. 21)

Juanito, el narrador, el héroe de Rabasa, no nos da otra alternativa que juzgarlo desde un principio como individuo acomodaticio.



En la famosa fiesta presenciamos los típicos discursos, machacados una y otra vez, la patria ultrajada a través de palabras vacías, que pretenden resaltar grandes ideales nacionalistas expresados por los seres más corruptos partidarios del sistema en turno.

En el discurso se encuentran las frases hechas, trilladas hasta el cansancio, los adjetivos excesivos, las metáforas audaces, la hipérbole y la característica barroca y confusa que les es propio por naturaleza; y claro, al final, la emotividad desbordante y la exaltación de la patria:

"¡Reunamos nuestros esfuerzos y levantemos del abatimiento a esta patria bendita tan digna de mejor suerte! -¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! ¡Viva la patria!"

(p.24)

Todo es bullicio y animación y a las nueve de la noche empiezan a encenderse los juegos pirotécnicos obligatorios en tales celebraciones. Mientras tanto, Juanito, encerrado en su casa, manifiesta la inexperiencia de su juventud, la ingenuidad que posee, es decir, da cuenta de su posición de romántico y soñador.

"Supongo que me pronuncio; que me persigue Coderas...; me voy a la montaña y allí se me reúnen hasta cien pedreños,

armados de cualquier modo. Vengo sobre San Martín; Coderas ha recibido auxilios del gobierno...; pero yo le ataco con un brío extraordinario y le arrojé de sus posiciones, le quito las armas, se me pasan sus soldados, y tres días después - marché sobre el distrito inmediato y..." (p. 27)

Aparentemente San Martín vuelve a la cotidianeidad después del 16 de septiembre y cada elemento retorna a su sitio, todo descrito con el tono irónico de Sancho Polo:

"Volvió cada cosa a su lugar... el Padre Hidalgo a la Jefatura, la tribuna al salón de la escuela, el águila y los papelones de colores a la gaveta del dómine, a la tienda de los Gonzagas los cajones vacíos que sirvieron de armazón al templete, y las cortinas pasaron del altar de la patria al de las ánimas." (p.29)

Todo el escenario improvisado se disuelve como con toque mágico y la plaza del pueblo queda como siempre ha estado, pues la función ha dado fin.

Ya para entonces existía un periódico semanal de nombre "La conciencia pública", donde se ponen de manifiesto las arbitrariedades del sistema y la corrupción que prevalecía en los representantes de las leyes. Era ejemplo del periodismo disidente con el tinte provinciano y la actitud de descontento

to de los opositores al poder.

En medio de esta anécdota política surge la figura de Remedios y la relación amorosa entre ésta y Juan Quiñones.

Remedios que "...tiene los contornos de todas las buenas mujeres y que son esencia y presencia de las clases medias mexicanas".⁸

El autor aprovecha la presencia de la novia del prota gonista para manifestar su posición antirromántica y lanzar ironías a esta corriente literaria; sin embargo en la descripción de Remedios, Rabasa no se escapa de lo que él mismo huye. Veamos:

"Si digo que Remedios era una muchacha tímida, dulce y delicada, no por ello tema el lector de juicio que vaya a tomarme el trabajo de inventar, pintar y adornar una heroína con tubérculos, ni que quiera seguir, hilo por hilo y lamento por lamento, la historia triste de un amor escrupuloso. No; Remedios valía más que esas desgraciadas heroínas de la tos; lucía sobre la blanca tez de sus mejillas los colores de las rosas que regaba en sus tiestos por la mañana; la roja y ardiente sangre se transparentaba en sus labios con vivo color; y la redondez escultórica de brazos, hombros y cuello, todo suave, sedoso y nacarado, revelaba la fresca salud que el

8 Manuel González Ramírez. Opus cit. pág. XV

ejercicio doméstico engendra y la pureza de las costumbres hermosas. Alta y esbelta, airosa con natural y no aprendida elegancia, había sido una lugareña en el aspecto, si la fortuna no hubiera puesto en sus negros y grandes ojos antes rayos de luna que haces de luz solar. Su mirada, en efecto, era dulce y triste y parecía derramar sus resplandores sobre la tersa y pensadora frente; esto es lo que más me hizo rendir el alma, y lo que no olvido ni olvidaré jamás. ¿Qué me importaba que se le tachara de no tener la boca más pequeña? He leído después en algún libro de Zola que las bocas como aquella son sensuales; pero la verdad es que Remedios era más dulce y afectuosa que ardiente y apasionada" (p. 32-33). Y veamos, en contra, la descripción que hace Galdós de la Rosario de Doña Perfecta:

"Era Rosario una muchacha de apariencia delicada y débil, que anunciaba inclinaciones a lo que los portugueses llaman saudades. En su rostro fino y puro se observaba la pastosidad nacarada que la mayor parte de los poetas atribuyen a sus heroínas, y sin cuyo barniz sentimental parece que ninguna Enriqueta y ninguna Julia pueden ser interesantes. Tenía Rosario tal expresión de dulzura y modestia, que al verla no se echaban de menos las perfecciones de que carecía. No es esto decir que era fea; mas también es cierto que habría pasado por hiperbólico el que la llamaran hermosa, dando a esta palabra un riguroso sentido. La hermosura real de la niña

de doña Perfecta consistía en una especie de transparencia, prescindiendo del nácar, del alabastro, del marfil y demás materias usadas, en la composición descriptiva de los rostros humanos; una transparencia, digo, por la cual todas las honduras de su alma se veían claramente; honduras no cavernosas y horribles como las del mar, sino como las de un manso y claro río. Pero allí faltaba materia para que la persona fuese completa: faltaba cauce, faltaban orillas. El vasto caudal de su espíritu se desbordaba, amenazando devorar las estrechas riberas".

La figura de Remedios es la de una mártir a quien el destino ha catigado injustamente:

"Cinco años sufrió Remedios los más atroces tratamientos de la peor de las madrastras, sometida a duros y bajos oficios, soportando constantes y envilecedores ultrajes, a ciencia, paciencia y aun a gusto del monstruo que tuvo por padre;" (p. 34)

Y con la intromisión del autor se revela la ideología del mismo:

"... y a tal grado bajó la condición moral de la desventurada niña, que llegó a ver como cosa común y corriente aquella vida miserable, y aun a creer de buena fe que no era

acreedora a otra mejor, ni debía aspirar a conseguirla"(p.34)

Los personajes son presentados con lujo de detalles. De muchos conocemos su historia desde los orígenes, cuando el escritor desea evidenciar ciertos aspectos para que el lector se haga un juicio, aunque manipulado por el mismo Rabasa.

Cuando la madre de Remedios era soltera y queda embarazada, don Mateo, su hermano, no tenía ninguna posición, así que el suceso no tuvo grandes alcances. El autor así, deja el mensaje de cómo a los humildes se les puede vejar.

Más tarde Cabezudo adquiere fama, posición y prestigio. Entonces también aparece la dignidad y la vergüenza. Ante el encubramiento social y económico el personaje obtiene un honor que debe cuidar, así que se da a la tarea de rescatar a Rosario su sobrina, y vengar la afrenta de la madre engañada y ya muerta.

Personaje definitivo dentro de la trama de La bola es el sacerdote: individuo imprescindible en el ambiente provinciano. La iglesia es el refugio para los pobladores de San Martín. El sacerdote tiene un gran significado y tiene una gran importancia en la comunidad.

Dentro de los sucesos bolísticos de San Martín el padre Marojo, "alto y flaco, encorvado y reumático..." (p.108), se convierte en protector y asume un papel de analista de los sucesos políticos. Por su experiencia, por los años en que ha visto trifulcas y movimientos en el pueblo, sabe ya, de antemano, cómo va a concluir la situación. Manifiesta un espíritu comprensivo y una gran bondad. Se transforma también en un psicólogo y fino observador de los personajes más renombrados en San Martín. Recibe bajo su responsabilidad y sin ningún asomo de cobardía a Juan Quiñones inconsciente. Lo llena de cuidados y se convierte en su consejero.

El padre Marojo es una autoridad dentro del pueblo y asume una actitud conciliatoria y de equilibrio frente a los sucesos caóticos y hasta ridículos de la bola.

Pero no sólo el cura es un opositor de esos movimientos inconsistentes, también buena parte de la población protesta, también inconsistente,

"-Sí, señor-... es una verdadera picardía que porque al señor Gavilán se le antoja trastornar al país, yo no pueda pagar mis deudas y realizar un beneficio para mi finca, porque unos y otros necesitan de mi dinero, de mis caballos... y hasta de mi casa para matarse y perjudicarse recíprocamente! Pues no, señor Gavilán, y todo quedará en paz..." (p.66)

Otro personaje añade:

"-Es claro... es claro que ese licenciado no tiene nada, ni siquiera pleitos. El hombre trabajador se interesa por la paz, y este señor ha sido siempre inquieto y amigo de las revueltas. Pero no,... el pueblo está cansado de motines y desórdenes y ya no quiere más..." (p.66)

Desde el punto de vista temático, la relación amorosa entre Juanito y Remedios es medular dentro de la novela. Un ambiente de idealización envuelve el amor de la pareja, no obstante que Rabasa trata de ser lo más realista posible. En el deseo de los jóvenes por unirse se van patentizando las tradiciones, los conceptos de la época y las familias a las que pertenecen. Se plantea la necesidad de la legalización civil y religiosa para la unión física. Y claro, el temor hacia la sensualidad o a los pensamientos atrevidos. En Juanito percibimos el primer despertar de su deseo por Remedios; ese deseo lo reprime rápidamente y queda sólo sugerido a través de puntos suspensivos.

En la medida en que los acontecimientos se complican más y va surgiendo la violencia absurda de la bola, Juanito se involucra y se compromete; cada vez su emotividad lo lleva a situaciones más difíciles. Pero su participación en el movimiento también carece de consistencia, pues la razón que lo orilla a combatir es su amor por Remedios, o sea, una cuestión

personal. Además, con su fogocidad, su única preocupación y meta es la mujer amada.

"La bola" transforma todo y sume a San Martín en la enajenación. También don Mateo cambia, y lo que al principio veía con agrado, más tarde no aceptará, hasta llegar a convertirse en el opositor más apasionado de Juanito y negar toda alternativa a la unión de los dos jóvenes.

"Noté que el jefe no me daba las gracias por mi hazaña, y bien que yo no lo necesitaba, esta omisión me significaba que no veía con buenos ojos que me hubiera llevado a Remedios en mis brazos tan largas horas" (p. 94).

Al final de La bola Juan nos refiere la actitud abiertamente hostil de don Mateo sobre su amor por Remedios:

"Yo me retiré a mis pequeñas tierras, triste, abatido y solo. Escribía yo a Remedios a veces y de ella recibía algunos renglones que respiraban siempre ternura... Ni ella ni yo perdíamos la esperanza de dominar al fin la vanidad del coronel" (p. 170).

Todo el conflicto y la intriga en La bola nos remite a la fusión de sentimientos personales con motivos políticos. Como hemos visto se enarbolan dos banderas: la de don Mateo Cabezudo y la de Coderas. Estos utilizan a los pobladores de

San Martín para sus propios fines.

Se clarifica en la novela la manipulación y Juan, al convertirse por su valentía en el héroe, pierde su más preciado objetivo: Remedios. Quiñones es utilizado por Don Mateo, pero en el momento en que puede convertirse en su contrincante, lo hace a un lado y lo nulifica, tanto en el plano político como en el plano sentimental.

Soria, el padre de Remedios y enemigo acérrimo de don Mateo, recibe su castigo. Don Mateo obtiene grandes canonjías y Juan se enfrenta a la crudeza de los hechos y a la muerte de su madre.

No pasa mucho tiempo para que Juan se percate de los verdaderos fines de "la bola" y de sus consecuencias.

"...La bola me estaba haciendo el peor mal de que es capaz: disminuir la integridad y energía de mi juicio moral" (p. 122)

"La bola" pues, sólo produce efectos negativos en los que participan en ella. Brushwood lo visualiza así:

"Rabasa logra una sátira eficaz en La bola, al subrayar la vacuidad de la lucha, cuando se ríe del aislamiento provinciano del pueblo en donde la acción tiene lugar"⁹

⁹ J.S.Brushwood, pág. 232

Emilio Rabasa personifica en Cañas al hipócrita y oportunista dentro de la carrera pública.

Los enfrentamientos bélicos que produce "la bola" resultan desordenados, carentes de toda concepción de estrategia militar; en Juanito y don Mateo se manifiesta una ausencia de visión de la guerra y la descripción que hace Sancho Polo nos reproduce una imagen de confusión.

Los participantes en el conflicto se dejan llevar por rumores, suposiciones y chismes, y cuando todo ha terminado, los vencedores toman el poder y transforman en gobiernistas a los de "la bola"; entonces, se les premia la lealtad con cargos públicos.

El recuerdo de palabras del sacerdote Benjamín Marajo, llenas de sabiduría según el novelista, nos concluyen la situación:

"...los hombres, con la edad, van perdiendo poco a poco tres cosas: los cabellos, la vista y la vergüenza. Creo que, a pesar de mis esfuerzos no he podido sustraerme enteramente a los rigores de esta terrible ley" (p. 153)

Juanito es en la novela el verdadero héroe. Gracias a él don Mateo puede tomar la plaza, pero debido a su ingenui

dad e inexperience, su acción es utilizada y desilusionado resume su estado de ánimo en estas palabras: "¡El verdadero vencedor estaba completamente derrotado!" (p.156)

Al final "la bola" lleva consigo una gran mediocridad. En Juanito se ha operado un cambio decisivo, ha dejado de ser un muchacho para convertirse en un hombre.

Y La Bola termina con la promesa del escritor de entregarnos otra novela que será la continuación.

La tesis que Rabasa plantea en el desarrollo de su novela es que el poder está corrompido debido a los intereses personales, y que la gente honesta y noble sólo es utilizada y escarnecida; "la bola" es verdaderamente peligrosa porque todo lo arrastra y lo destruye.

LA GRAN CIENCIA

Tres personajes fundamentales dentro de la realidad mexicana que una y otra vez vamos a ver desfilar a lo largo de la literatura mexicana son: el médico, el maestro y el sacerdote. Los tres ocupan un sitio muy especial dentro de la vida provinciana.

Remitámonos a La bola, a aquel instante en que surge el médico, y que mediante un mecanismo especial ya nada puede suceder. La sola presencia de este personaje es más que suficiente para desalojar los males del enfermo.

"En San Martín se creía formalmente que en habiendo médico nadie podría morir, y esto aun cuando la experiencia les mostrase frecuentemente lo contrario. Y como yo no tenía por qué escapar de la regla común, me tranquilicé bastante con aquella noticia" (p. 149).

Ya en La bola nos habíamos familiarizado con el cura y también había surgido el médico. En La gran ciencia la novela da principio con el maestro.

El perfil que el narrador nos entrega del maestro de primaria posee rasgos muy particulares. Este tiene un gran sentido de la responsabilidad y de la disciplina, pero manifiesta una gran dureza dentro de sus procedimientos y también una gran agresividad.

"¡Bendiga Dios a aquel don Juan Francisco Camacho y Fernández, de quien recibí, en mi niñez, las durísimas lecciones de instrucción primaria! Ciertamente que aplicaba con rigor, en cada modorro educando, el sabio principio de que la letra con sangre entra; cierto que más de una vez descargó la regla que siempre llevaba en la mano, sobre los nudillos de la mía, por el solo delito de tomar la pluma con los cinco dedos; cierto que la blandura de mis orejas en mucha parte es debida al manoseo y estira y afloja de que con ellas usó el malhumorado dómine!..." (p. 175)

Juan Quiñones justifica la disciplina medieval de su maestro y lo hace, tomando en cuenta los resultados positivos en la formación de su carácter.

El mismo personaje, o sea Juanito Quiñones, es quien inicia, La Gran Ciencia, hablando constantemente de los antecedentes que se encuentran en el relato anterior.

Nos comunica con un tono de modestia que su novela aún

no ha sido censurada y puede ser leída todavía, lo cual hace alusión al momento histórico en que vivía, a las condiciones del porfiriato.

Establece, así, una vez más una fusión entre el narrador y el lector, y se manifiesta capaz de ser ameno en su narración.

En el plano del lenguaje encontramos la cita de refranes que sirven para reflejar o ejemplificar más claramente una situación. En realidad Juanito los usa para apoyar lo que nos está comunicando, para convencernos de que su visión es la correcta.

Después de arreglar algunos problemas, Juan abandona San Martín y se dirige a la capital de su estado, en busca de aquella "dulce niña".

Los problemas a los que hace alusión son causados por un licenciado. El narrador se refiere despectivamente a este personaje y lo llama "picapleitos", posteriormente amplía su observación al decir que "era extremado en el arte de enredarlo todo" (p. 177)

En seguida nos comunica cómo muchas veces al no poder hacer las cosas con justicia se tiene que ceder; uno no puede

modificar las estructuras de la corrupción, así que finalmente, se aceptan.

Juan va rumbo a la ciudad con una recomendación del padre Marajo y con una pequeña ayuda económica que el mismo le facilita.

Se pone de manifiesto la importancia que tiene en las ciudades la apariencia personal; se nos indica la superficialidad que en ellas prevalece y cómo se deriva de esto gran parte del éxito profesional. No obstante, la primera experiencia amarga que Juanito había tenido en San Martín con "la bola", cuando parte a la capital acaricia otra vez sueños, imagina soluciones simples para sus problemas y nos transmite una actitud infantil. Todo él es optimismo.

Trata de inmediato de conseguir un empleo y acude a las supuestas influencias del padre Sebastián Quebradillo. Comienzan entonces, las cadenas interminables y los inicios de una burocracia absurda y aniquilante.

Se describen los mecanismos de evasión, así como las mentiras con que se mantiene en las personas la esperanza de conseguir un empleo.

Pero el tiempo transcurre y Juanito no obtiene trabajo;

ante nosotros descubre su timidez, la inseguridad propia del pueblerino que llega a la ciudad.

Finalmente, gracias a la educación recibida por su maestro de primaria y a la perfección de su letra, logra colocarse en una oficina de gobierno, ni más ni menos que en la secretaría particular del señor gobernador.

Más adelante se deshace del último reducto de su vida campesina y vende el caballo, para poder establecerse mejor en la ciudad.

Instalado en una casa de huéspedes conoce a Julián, Clemente y a Pepe Rojo, individuo que posee capacidad de observador y una filosofía realista acerca de lo que lo rodea. "Yo tengo la creencia de que la patria suele ser una mala madre, pero que es siempre una excelente nodriza" (p. 183)

"La patria es, como madre joven, incauta y descuidada, y más repara en satisfacer los caprichos de los niños que en corregir sus yerros y elevarlos por el camino de la buena crianza" (p. 184)

Pepe Rojo maneja la ironía, que en un principio Juanito Quiñones interpreta como cinismo o le da la impresión de que

es de mal gusto, pero después, a medida que avanza la novela y los acontecimientos comprometen a nuestro héroe, va entendiendo a Pepe Rojo.

Es también Pepe Rojo el que hace la descripción de Miguel Labarca, el diputado y jefe de Juanito. Nos cuenta su historia y cómo fue que ascendió hasta el puesto de diputado, por cuestiones realmente superficiales y no por valores personales o capacidad.

La política, dice Pepe, nada tiene que ver con los buenos principios.

La posición política es como un juego de azar y está sujeta en gran medida a los cambios de la suerte. La casualidad de pronto se deposita en un afortunado, y como por arte de magia se convierte en el primer jefe, como le sucedió a don Sixto Vaqueril "que sin saber cómo ni cómo no, se dio el día menos pensado un tropezón con el sillón del gobierno, se sentó en él sin darse cabal cuenta de lo que le acontecía, y acostado la noche anterior en su cama, como simple Vaqueril, amaneció con el águila de la República posada sobre su coronilla..." (p. 189)

El poder ejerce una fuerza extraña: causa una transformación total, tanto desde el punto de vista físico como desde

el ámbito interior. Ante los ojos de los adúladores el cambio de don Sixto no se hace esperar: "...su tez, bastante anocheada, adquiría ciertos reflejos del amanecer; sus ojos hundidos bajo cavernosa bóveda sombreada por cejas ásperas, tomaron fulgores de inteligencia; el hablar fue menos gango-so; los movimientos más desembarazados, menos mal llevado el vestido, y un punto menos arrugada la piel, ..." (189).

Dos aspectos se señalan como cualidades para poder penetrar en el ambiente político mexicano: la mediocridad y la carencia de principios, pues siempre habrá un coro que exaltará virtudes ocultas y talento desconocido.

En La Gran Ciencia, Emilio Rabasa centra su atención en el ambiente de la burocracia, allí nos enteramos de la arbitrariedad que prevalece y de la lucha voraz por alcanzar puestos de mayor jerarquía.

En realidad, por las páginas de Sancho Polo pasan diferentes calidades de políticos "Se refiere más a los políticos que a la política: llega en otras palabras a lo general por lo particular" ¹⁰

Ahora bien, para poder evolucionar dentro del ambiente político es muy importante saber aprovechar el momento exac-

10 Emilio Carballo, Prólogo a la Guerra de tres años, pág.10

to, desarrollar visión para el oportunismo que "es habilidad para quedarse con el poder". ¹¹

Una descripción muy acertada de Rabasa es aquella de los festejos del cumpleaños de don Sixto Vaqueril, el gobernador. Ahí, contemplamos reunidas todas las superficialidades, adulaciones y la cursilería, todos elementos indispensables para hacer un buen papel.

Sancho Polo apunta que la fiesta del gobernador es como la de San Martín de la Piedra el 16 de septiembre, pero más aparatosa, hay igual que en el pueblo "música al amanecer", "disparos de cañón", "recepción en la casa del gobernador", "discursos de todas clases, colores y sabores, cohetes, música militar, etc., etc. Existe, de la misma manera que en el pueblo de Juanito un abuso de adjetivos y aparece en su lugar privilegiado la demagogia: "excelsas virtudes, patricio, nave del Estado".

Oímos en el salón donde se desarrolla el baile la música típica del momento: mazurcas y polkas.

Todo un aparato espectacular se desarrolla ante nuestros ojos, el vodevil ha sido preparado con cuidado para deleite del gobernador.

¹¹ J. S. Brushwood, Opus cit. p. 235

"A las doce en punto las músicas lanzaron, por sus anchas bocas de latón, una marcha de honor que entonces privaba en la ciudad, y todos los concurrentes, menos yo, comprendieron la alta significación que tenía. Pusímonos en pie, abrió ancha valla la gente agrupada en la puerta, y penetró en el salón la comisión del Congreso. Tres diputados la componían: Miguel Labarca, como orador: el coronel don Mateo Cabezudo, como hombre de gran reputación militar, y el alto y enjuto don Simplicio Sequedal, hermano de la Gobernadora, como pariente cercano" (p. 198).

Juanito y don Mateo se reencuentran en la capital del estado, también en el coronel se ha operado un cambio: su presentación ha mejorado, pero la transformación es sólo superficial. El tío de Remedios inicia aquí realmente su carrera política y esto lo obliga a comportarse de manera distinta, debe cuidar sus expresiones y no utilizar aquel ¡Canasto! que lo caracterizaba en San Martín.

Los brindis se suceden en la celebración y con el exceso de alcohol se va perdiendo la actitud acartonada, formal y solemne del principio.

Es en la fiesta donde Juan Quiñones vuelve a ver a Remedios; pero ahí también se multiplican sus problemas, pues Miguel Labarca se siente atraído por la joven. Entonces, em-

pieza para Juan un cúmulo de humillaciones que no pueden desahogarse debido a su condición, y que lo ubican en un plano de impotencia: "sofocado, irritado y nervioso, acompañé a Miguel hasta la puerta de su casa, y me dirigí a la mía, maldiciendo mi estrella." (p. 206)

Toda la vida y las ambiciones de Juan Quiñones tienen una única motivación: Remedios. Por ella acepta que su dignidad masculina sea constantemente vilipendiada.

Juan Quiñones es profundamente emotivo. Su amor por Remedios está idealizado, una pasión avasalladora guía sus pasos y los celos lo aniquilan; pero el contrincante es superior a Juan y de nuevo vemos cómo tiene que servir a los intereses de otro:

"-Le rogué a usted que no dejara de venir- prosiguió el joven -por esto: por hablar con usted de ella, informarme de sus antecedentes, de su familia, para que me diga usted que es tan buena como lo revelan sus ojos. Quiero hablar de ella con un amigo como usted, que me quiere sinceramente y que, además, la conoce..." (p. 212)

Miguel Labarca se enamora sinceramente de Remedios, y desea realizar con ella el gran sueño de todo hombre burgués; el diputado nos transmite su concepto del hogar: "El hogar

es la recompensa de la honradez y el trabajo; el hogar en que nos espera una mujer cariñosa y tierna, y en que quizá se mece suavemente una cuna blanca, es un remedo de la gloria de los justos, yo he de conquistar eso, Juan; a eso aspiro, y por eso, al ver a esta niña en cuyos ojos se lee la pureza de alma y que reúne, además tanta hermosura, me he sentido subyugado y atraído de una manera irresistible" (p. 211)

En contraste con la delicadeza de Remedios se muestran las demás mujeres que asisten al baile. En ellas se aprecia la coquetería y la frivolidad, son mujeres superficiales marcadas por el ambiente citadino.

Juanito nos describe detalladamente todo lo que aparece en el baile dedicado al gobernador, es un cuadro completo de la vanalidad y despilfarro en los grandes festejos gubernamentales, pero "sin embargo, su realismo admite a menudo ensoñaciones y escapatorias de la imaginación o del afecto, puede decirse que aletargada la voluntad, brotaba su trasfondo romántico" ¹²

Recordemos, para puntualizar lo anterior, la manera en que Juanito Quiñones se refiere constantemente a Remedios; citemos la escena en que desde un rincón nuestro héroe observa cómo baila la "dulce niña" con otro joven: "¡Qué delicioso debe ser llevarla así! ¡Y luego que parece una pluma! Si

¹² Emilio Carballo, Prólogo a la Guerra de tres años, p. 10

yo pudiera, si el coronael no hiciera una de las suyas, la di ría mil cosas que tengo aquí dentro, al compás de la música y apretando su mano y estrechando su cintura...; quiero que me diga con su vocesita de paloma que siempre soy su única esperanza de felicidad, que me quiere lo mismo que en San Martín, y que no ha de olvidarme jamás... (p. 215).

El tono que predomina en sus sentimientos al referirse a Remedios es romántico y corresponde a un adolescente.

Y de la misma manera que en San Martín de la Piedra la maledicencia era una forma de diversión, en la capital también se da, pero de una manera más incisiva y destructiva. Las personas de la ciudad son más racionales y por lo mismo más calculadoras en sus enredos.

Desde su llegada, Remedios despierta la envidia de las señoras y de sus hijas por sus múltiples cualidades pues ven en ella una contrincante peligrosa.

"-Pues vaya con la tal cabezona. Han dado todos en decir que es una belleza incomparable, y creo que hasta ella lo va tomando en serio.

-Novelerías -asentó la menor- una belleza de pueblo.

Mira, mamá, si ni sentarse sabe.

-Tiene el abanico en la mano y no se atreve a abrirlo por temor de romperlo- dijo la mamá, desplegando el suyo con garbo.

-Grande, gorda y colorada; eso es todo" (p. 215)

En el ámbito ideológico la novela enfatiza que para llegar a ser un gran político es necesario aprender a sacrificar los propios impulsos. El político debe pasar por alto toda una serie de anomalías y arbitrariedades, así como cumplir por diplomacia con situaciones desagradables; ello debe practicarse desde las cosas más simples hasta las de gran alcance.

Si conocemos una faceta ya de don Mateo Cabezudo en La Bola, aquí, en La Gran Ciencia, Rabasa lo muestra más a fondo. El coronel Cabezudo desea que Juan desaparezca de escena en la capital del estado, y para esto, comete la baja de pedirle al gobernador su despido del puesto; pero tal deseo no sólo no se cumple, sino que despierta el interés de Vaqueril hacia el enamorado de Remedios.

A lo largo de toda la novela notamos la insistencia con que don Sixto Vaqueril adoctrina a Miguel Labarca. Poco a

poco va borrando las buenas intenciones del joven diputado y lo va convirtiendo en un ser interesado, corrupto y arrivista.

Miguel Labarca, hacia el final de la novela, ha asimilado perfectamente todos los consejos y llamadas de atención de su maestro el gobernador, al grado de traicionarlo y apoyar a su oponente Pérez Gavilán. Brushwood apunta que el político "debe ser lo suficientemente sagaz como para utilizar en la realización de sus propósitos a todas las personas que lo rodean. Por consiguiente, los cuidados y atenciones para con la gente que más le conviene tienen mucho más importancia que bien público o el ejercicio de la justicia".¹³

Don Sixto Vaqueril se muestra cínico al transmitir sus enseñanzas al inexperto Miguel Labarca.

En La bola era siempre Juanito Quiñones quien nos describía a los personajes; en el caso de La gran ciencia otros dos personajes nos comunican las características de ellos: doña Eulalia, la gobernadora, y Pepe Rojo, amigo de Juan.

La atmósfera de la capital va corrompiendo la imagen de Remedios, mas no a la muchacha. Tanto el gobernador como Miguel asedian a la amada de Juanito y su honra va corriendo de ventana en ventana. El mismo Juan duda ya de la respetabili-

13 J.S. Brushwood, Opus cit. p. 235

dad de Remedios, pues los hechos parecen indicar que lo ha de jado de amar y que corresponde a los favores de Miguel, el diputado.

Hasta este momento Juanito nos ha mostrado una imagen idealizada de Remedios, pero es aquí donde se rompe tal ilusión y se establece el contraste del ángel con la mujer común.

"...Y mi dulce niña me parecía una azucena del campo, de esas blancas púdicas flores que abren su broche al perderse el último rayo de sol en las cumbres de las montañas de oriente, y le cierran al alba, como temerosas de ser sorprendidas por el astro del día" (p. 244).

En este fragmento nos enfrentamos a la pureza y la perfección de la mujer amada; pero el protagonista continúa: "Sin embargo, yo había sentido un movimiento interior de repugnancia, de aversión y desamor, y le seguía sintiendo con igual o mayor fuerza. Remedios no era ya la misma para mí, ni podía serlo nunca; el polvo de la calle, entrando por los balcones, había opacado sus relucientes cabellos y oscureciendo la limpidez de su frente" (p. 244).

Juanito se deja arrebatar por la pasión y el despecho, y se convierte en un juez implacable ante la amada. Si radi-

cal era su amor y capaz de cometer mil locuras, radical es su posición al ubicarla en el plano real. Dentro de la concepción romántica amorosa de Quiñones no hay posibilidad de aceptar errores:

"De repente todo esto se desvanece, y Remedios se presenta a mis ojos como simple mujer, merced a un vejete loco que se encarga de demostrarme que he sido poeta sin saberlo, y sobre poeta, soñador rematado..." (p. 245)

Una característica distintiva en la personalidad de Juanito es su inclinación religiosa. En los momentos difíciles, ya sea porque corre peligro o porque el desencanto se apodera de él, recurre a su formación cristiana.

En los momentos críticos Rabasa utiliza los puntos suspensivos o deja las oraciones inconclusas para sugerir otro tipo de ideas; pero a veces no se logra establecer una comunicación entre el narrador y el lector, de tal manera que no se entiende la intención o el contenido .

"Cerré los ojos inundados en lágrimas, dejé caer la cabeza en la almohada, oprimiendo con mis labios el escapulario, y algo pasó en mi cerebro que no ha pasado jamás, no sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco..." (p. 247)

¿Qué es lo que Juanito Quiñones trata de decirnos? ¿plantea como alternativa el suicidio? ¿la venganza? ¿el asesinato? Podríamos suponer más posibilidades y quedarnos sólo en eso, pero entonces el autor nos retorna a lo que él considera la realidad y nos remite otra vez a su verdadero objetivo: el de darnos a conocer qué es "la gran ciencia". Pide disculpas, por divagar tanto y dejarse llevar por el aspecto sentimental.

Sancho Polo emplea la dubitación dentro de los largos monólogos de Juanito. El joven está lleno de interrogantes y él mismo se da las respuestas. Esta técnica nos muestra el grado de desconcierto y de excitación por el que pasa nuestro personaje.

Y no obstante las experiencias de La Bola Juanito vuelve a creer en la buena fe de las personas y su desinterés. Para su desventura, se tropieza con Pérez Gavilán, que por medio de artimañas lo engaña y lo utiliza para sus fines personales. En Gavilán tenemos ya al político vivales y manipulador. Se involucra con Gavilán para obtener el amor de Remedios. Una vez más sus sentimientos lo hacen arriesgar su posición; en definitiva, sus deseos de progreso y de superación están fincados en su relación amorosa.

Juanito cree en el "revolucionario" Pérez Gavilán y

participa emotivamente en la Sociedad Patriótica Mutualista de Obreros Liberales, del cual el segundo es líder y fundador. Entonces, vemos cómo "La gran ciencia viene a ser la política que permite que un explotador de carne y trabajo humano sea designado redentor de la clase obrera, y que un secretario particular traicione a su gobernador y sea calificado de patriota y héroe". ¹⁴

Rabasa es muy cuidadoso de la cronología. El tiempo transcurre por sus páginas precisando estaciones del año, meses, días y en muchas ocasiones hasta la hora exacta en que se desarrollan los sucesos.

Sancho Polo en los labios de Juan Quiñones se llama historiador imparcial, lo cual denota una vez más el gran interés del jurisconsulto por mostrar la realidad. En este sentido es más importante para él su situación como historiador que como novelista; se inclina más en narrar los sucesos y plasmarlos para la posteridad que en hacer literatura. Por eso, cuando se deja ir detrás de sus recuerdos personales y se pierde en la historia amorosa, retorna justificándose. El mismo indica que al hablar de Remedios pierde el control de la pluma, ella actúa como una fuerza seductora.

Remedios se encuentra en constante peligro y su tío Cabezudo, cegado por la ambición política, no es capaz de ver

¹⁴ Antonio Magaña Esquivel. "El realismo en Rabasa", en El Nacional, 17 de diciembre de 1964 (1887-1888)

la realidad. Así que una vez más, como en La bola, Juanito, el amante sincero, tiene que protegerla y rescatarla si es necesario; el muchacho pueblerino asume su papel de héroe.

Al igual que en Peribañez de Lope de Vega, se aleja al protector de la honra femenina bajo pretexto de una supuesta misión política. Vaqueril, deseoso de seducir a Remedios envía a Cabezudo lejos de la capital.

La situación llega a tales extremos, que hasta es modificada una ley del estado donde se impide a los diputados alejarse durante las sesiones, es decir, por satisfacer los deseos del señor gobernador Vaqueril se pone en marcha una sesión para derogar dicha ley.

Todo el aparato político se pone en movimiento para llevar a cabo los deseos lascivos de un anciano. El honor de Remedios ya no existe en estos momentos, pues las diferentes facciones se han dedicado a envilecerla.

Si en La bola Juanito Quiñones comete una serie de equivocaciones por idealista e ingenuo, en La gran ciencia los errores que comete se dan por inexperiencia y en muchas ocasiones por torpeza.

En La gran ciencia la narración se vuelve densa, falta

más dinamismo y el autor se engolosina con las descripciones meticolosas que caen en lo reiterativo.

Por fin, después de un cúmulo de ofensas y humillaciones, Juan logra enfrentarse a Miguel y defender abiertamente su amor; pero surge de nuevo la figura del héroe romántico y Juanito suplica a Miguel se case con Remedios para resarcir su honor; él es capaz de sacrificarse, de convertirse en un mártir y renunciar a la mujer amada, para que ésta recupere su reputación y el respeto de la sociedad.

El caos que reina en la relación amorosa de Juan y Remedios se ve minimizado ante el desorden de la situación política del país. Toda una serie de contradicciones y absurdos campean, ya sea entre los gobiernistas o entre los revolucionarios.

Una vez más al final de la novela Juanito Quiñones se ve burlado. Escondido detrás de una puerta es testigo de la conversación en que Pérez Gavilán convence a don Mateo para que lo apoye. Juan se mantiene quieto, callado e impotente.

Después viene la escena en que la gobernadora utiliza toda su habilidad para dar fin al amor que Miguel siente por Remedios. Tergiversa los sucesos de San Martín y presenta a

Remedios como una mujer deshonrada.

Juan Quiñones y Remedios han sido burlados por todos aquellos en los que creían. Su amor ha servido de escarnio para la sociedad refinada de la capital del estado.

En su angustia y resentimiento, Quiñones hiere a Miguel y tiene que huir, para después dar fin a la novela con una carta donde toda la abyección de "la gran ciencia" queda reducida a lo siguiente: "...Había en el Congreso una pelotera de los demonios, porque pasado a las filas de Gavilán el famoso general Cabezudo, no podía resolverse nada, puesto que los votos se equilibraban. El desventurado Vaqueril hizo que Miguel fuese conducido con todo mimo a la Cámara para obtener - el triunfo; pero el joven, que está ya muy aprovechado en su carrera... votó contra el Gobierno, y decidió la caída de don Sixto Liborio...

Roquete, Carriles y... el mismo Sequedal dejaron de ser partidarios de Vaqueril en seguida...

Vaqueril y familia han ido a esconder la vergüenza del ex en los bosques del molino." (p. 356)

Gavilán como un héroe toma el poder, mientras Remedios

y Juan han tenido que separarse de nuevo. Quiñones, el pedreño, se ve precisado a retornar a San Martín, su pueblo, en busca de protección.

EL CUARTO PODER

Desde un punto de vista estilístico no encontramos ninguna aportación si consideramos las dos novelas anteriores La bola y La gran ciencia. El lenguaje que desarrolla Rabasa en El cuarto poder sigue siendo fundamentalmente directo; el elemento descriptivo, y la descripción meticulosa de la realidad le preocupan enormemente. Encontramos un lenguaje poético a base de símiles y metáforas no muy afortunadas. Recurre constantemente a frases muy trilladas y a la adjetivación. Y el humorismo lo utiliza igualmente entre paréntesis o entre guiones.

En el aspecto narrativo es Juanito Quiñones quien habla, y claro, utiliza un lenguaje culto que pertenece a Sancho Polo. Dentro de la gama de sus personajes vamos a encontrar distintas formas de expresión, recreando el nivel social y educativo alcanzado por los mismos. Campea, pues, una alternativa principal de comunicación: un lenguaje elaborado y uno popular, aunque, como señalábamos antes, existe diversidad de matices. En este terreno vemos su prosa salpicada de dichos populares, refranes y palabras que se empleaban en la época y que para nosotros muchas veces resultan desconocidos.

La novela se inicia en el mes de mayo con la descripción de una tormenta en la ciudad de México. La lluvia sirve de pretexto para que Juanito se remita en sus recuerdos a San Martín de la Piedra, al paisaje del campo. Con un tono nostálgico inicia su narración Quiñones y viaja en su imaginación totalmente sublimado al grado de adquirir una postura mística.

"¡Bendito sea mil veces ese Dios que levanta las nubes del seno de los mares, que las apiña en los aires y las desata en lluvia sobre los sedientos campos!"¹⁵

Pero dentro del delirio de Juan de pronto aparece un aroma nauseabundo que lo retorna a la realidad y se contrasta la imagen del campo y el perfume, con lo fétido de la ciudad.

Cuando llueve, la ciudad de México se convierte verdaderamente en una laguna, pues la ciudad carece de desagüe.

En esta situación nos relaciona Sancho Polo con uno de sus nuevos personajes don Ambrosio, individuo conservador que culpa a los liberales de todas las deficiencias ciudadinas.

En don Bonifacio, otro personaje, sentimos al hombre carente de una verdadera ideología, al hombre obsecado en sus

¹⁵ Emilio Rabasa, El cuarto poder y Moneda falsa, p. 11

conceptos arcaicos e incapaz de adoptar una actitud racional o inteligente. En él señorea el nacionalismo apasionado sin fundamentos.

Así, vocifera: "...México es la primera ciudad de la América Latina, y digan lo que quieran. Los extranjeros que llegan aquí, se quedan admirados; sí, señor, admirados verdaderamente. Y si cuando llueve hay mal olor, eso es culpa no de la ciudad, sino de quien no la limpia..." (p. 13)

La lluvia en la calle deja de caer, pero a la ciudad le sucede todo un caos que Rabasa describe con gran acierto y lujo de detalles, que nos recuerda algunos pasajes de La vida en México de Madame Calderón de la Barca:

"La calle de Puente de Monzón estaba bote en bote, al grado de no dejar las banquetas sino en uno que otro punto cerca de las paredes. Monserrate y el Tompeate no estaban menos favorecidos; aquello era un río encauzado por los edificios de una y otra banda, pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía a la vista de todos los asquerosos intestinos de la ciudad. El español del tendajón de enfrente, metía y apretaba con premiosa actividad gruesa tabla entre los quiciales de la puerta, a manera de dique, para cerrar el paso al agua, antes que las avenidas adyacentes inundaran el

interior de su establecimiento..." (p. 14)

El problema se transforma para los observadores en un día de fiesta y todos se disponen a disfrutarlo plenamente:

"Para que todo esto fuera un espectáculo, no faltaban siquiera espectadores. Los balcones estaban todos llenos de gente, como si se tratara del desfile de la columna de honor en fiesta nacional. Hombres, señoras de edad, muchachas guapas y feas y niñas de todas edades, contemplaban con regocijo y celebraban con risas los apuros de los inundados, al par que festejaban las groserías de los pilluelos apostados en gran número en las esquinas, quienes ya pasaban aprisa, con los calzones hasta la rodilla, para salpicar a un transeúnte tímido, detenido por el río..." (p. 15)

El marco histórico nos comunica aún la lucha entre liberales y conservadores y la conclusión que surge de los comentarios hechos por los personajes nos indica que tanto unos como otros no han hecho gran cosa por el país.

En el segundo capítulo Juanito se encuentra con Sabás Carrasco con quien en seguida aparece el vínculo del terruño, la importancia del regionalismo en nuestro país y la hermandad del paisaje. Rabasa nos proyecta los sentimientos que

padecen los provincianos al encontrarse en las grandes ciudades:

"...En el pueblo no quería yo a Carrasco, ni le traté mucho, ni quise tratarle tampoco; pero allí, en la casa de Barbadillo en la calle del Puente de Monzón, en la Ciudad de los Palacios, después de más de treinta días de no ver sino caras indiferentes...le quise de veras en el instante en que le vi..." (p. 19)

Cuando Sabás aparece en escena la vida de Juan se ha transformado bastante. Su carácter ha sufrido una serie de cambios producto de injusticia y mala suerte. Así que aquel muchacho límpido y directo de San Martín, ahora es un joven un poco más malicioso y desconfiado. La sinceridad, cualidad encomiable del Juantío de La Bola, se cubre por una careta de embustes, no tanto producto del dolo, como del temor al ridículo y la derrota. Después de los abrazos y saludos con el paisano, Quiñones aduce como respuesta a las preguntas del amigo:

"...El empleílo de la capital del Estado no era malejo. Cuando el gobierno cambió, yo iba a ascender mucho, como que el nuevo gobernador y sus amigos lo eran míos en alto grado; pero el padre Marajo cayó enfermo, y yo,... no pude excusarme...de ir a recoger su último aliento..." (p. 20)

Pero finalmente no puede sostener una serie de mentiras y confiesa a Sabás su pésima situación monetaria y su falta de trabajo.

Cuando Juan se sincera con Sabás Carrasco, éste le propone una opción para favorecer su situación. Una puerta gigantesca y que llena de temor a Quiñones se abre ante sus ojos. La propuesta de trabajo es dedicarse al periodismo. En un principio la actitud de Juan es de sorpresa, pero Sabás no espera su reacción y le reproduce una pintura de lo que él entiende por periodismo cualquier persona puede dedicarse a escribir en un diario, y para esto no es necesario estudiar ni poseer una gran cultura. Los periódicos están divididos en dos vertientes: la gobiernista y la de la oposición. Para pertenecer a la gobiernista es indispensable alabar siempre al sistema; para ello no es necesario manejar elementos políticos, o de economía, o de leyes, basta con defender al gobierno.

El trabajo que Sabás ofrece a Juan está dentro del periodismo gobiernista. Un dejo de irresponsabilidad e inconsciencia apoya cada una de las palabras de Sabás Carrasco.

Juan se desconcierta y hasta experimenta repugnancia ante la conversación de su amigo, sin saber que él mismo pasará por alto más adelante sus escrúpulos.

Con la presentación de Sabás Carrasco, Rabasa pone de manifiesto la improvisación.

Improvisación es "la bola" en San Martín; la política en la capital del estado, la gobernatura de Vaqueril y más tarde la de Pérez Gavilán. Improvisación también son los periodistas y los diarios en El cuarto poder.

Finalmente, Juanito decide aceptar el trabajo que Carrasco le ofrece con la idea de superarse y desarrollar una carrera digna e importante. Otra vez lo vemos sumergido en sus ensoñaciones; dice, al referirse a los artículos que publicara "Escribo otro exponiendo los vicios, supongamos, de nuestro sistema electoral, y recibo mayores aplausos y es reproducido en tres periódicos..." (p. 29)

Rabasa nos transmite así datos muy claros acerca del periodismo de la época que evidentemente conoció a la perfección, pues gran parte de su vida la pasó en ese medio. Nos refiere cómo los periódicos eran bisemanales y nos familiariza con los nombres de las publicaciones existentes: La Columna del Estado, El Cuarto Poder, El Lábaro del Siglo, El Imperio de la Ley, El Orden Constitucional, El Ciudadano, La Actualidad, La Razón del Estado.

Quiñones nos presenta en esta novela fundamentalmente tres planos; su vida, que se desarrolla en la ciudad; sus acciones que giran en torno a la casa de huéspedes, y la casa donde habita Felicia, y la redacción primero de La Columna, y después de El Cuarto Poder.

El narrador nos reproduce un cuadro pintoresco de la vida en una casa de huéspedes ubicada en el centro de la ciudad. Plantea las incomodidades, la mala alimentación, la diversidad de caracteres entre los inquilinos y nos transmite, asimismo, la historia de cada uno.

En la casa de huéspedes, dentro de la vida de Quiñones van a tener suma importancia Jacinta y el padre de ésta, Barbadillo; en la redacción Sabás Carrasco, Pepe Rojo, Albar y Gómez y en su vida sentimental una vez más Felicia, Remedios y Cabezudo.

La casualidad vuelve a unir los destinos de Juan y Pepe Rojo, y gracias a la intervención de Carrasco, ambos son asimilados por la redacción de La Columna.

La precisión y el deseo de ser indiscutiblemente un no-

velista de corte realista hacen que Sancho Polo nos dé datos tan precisos como los nombres de las calles, los salarios que se percibían en la época, las frases o palabras pertenecientes a una jerga, etc.

Ya instalados en La Columna los tres amigos reciben después de algún tiempo la noticia de que el periódico va a imprimirse y a salir a la luz diariamente. El gobierno satisfecho con su rendimiento ha decidido darle una ayuda monetaria mayor. Así, el día primero de junio La Columna publica "...con cabeza nueva, anunciando en su primer artículo que, favorecida por gran número de suscriptores, saldría de allí adelante todos los días..." (p. 49)

Ante esta nueva perspectiva el trabajo se convierte en algo más seguro para Quiñones; éste se habitúa cada vez más y asimila lo que supuestamente debe considerarse como periodismo.

Un dato curioso dentro de la profesión que desarrolla Juan Quiñones es el hecho de que los artículos no aparecían con el nombre de los autores, de tal forma que muchas veces no podía saberse si lo publicado era de Carrasco, de Pepe o de Juan.

Más adelante nuestro protagonista recibe la noticia de la llegada de Remedios a la Ciudad de México, pero al mismo tiempo la de su tío don Mateo Cabezudo, ahora como diputado.

Las expresiones de Quiñones son muy aclaratorias en cuanto a lo que era la situación política de nuestro país: "¡Diputado! -exclamé con ira- ¡diputado en México don Mateo! ¡Un hombre que apenas sabe firmar! Esto es inaudito, espantoso, y el colmo de lo ridículo y de lo injusto..." (p. 55)

Como habíamos aclarado ya, la personalidad de Juanito ha variado notablemente, aunque conserve en ciertas ocasiones aún la candidez del provinciano o de sus pocos años. Las experiencias negativas que ha padecido y sobre todo, las afrentas a su orgullo, las burlas a su dignidad masculina han modificado su parte interior.

"El rencor despertó en mi alma, como si hubiera cobrado fuerzas con estar adormecido algún tiempo; ... y en mi corazón se fundían el odio y la envidia engendrando un sentimiento solo, terrible para lastimarme, y tremendo para impulsarme contra aquel hombre" (p. 55)

Sin embargo, opta por aceptar la llegada del tío ante la gran alegría de ver otra vez a Remedios.

La preparación de Quiñones ante la carencia de la de Carrasco lo va distinguiendo en la redacción, y poco a poco se va encumbrando; pero esto no lo envanece al punto de cegar^{lo}, pues se presenta objetivo en cuanto a su capacidad y su trabajo.

Así también, al paso del tiempo se va enterando de que La Columna no es un periódico realmente dirigido al pueblo, sino que es la gente del gobierno la que paga las suscripciones para garantizar que el periódico los llene de elogios o que no los ataque.

La actitud ilusa de Juan Quiñones queda aniquilada cuando después de enterarse del vacío de sus ataques en el periódico se percata también de que Mateo Cabezudo compra sus ejemplares para que se hable positivamente de él.

El periodismo obedece a cuestiones de utilidad y para llenar los huecos, ante la falta de noticias, es necesario utilizar la imaginación. Carrasco, ya en la cúspide de la sabiduría nos lo concreta así:

"...Usted, Juan, diga que en San Juan Nepomuceno, Sierra de los Mártires, una mujer dio a luz media docena de chiquillos en dos horas, de los cuales viven cuatro en buen estado de salud. Después, en otro párrafo, cuente que en la ranchería de Casa-Negra acaba de morir un indígena que contaba ciento cincuenta años con toda su dentadura..." (p. 68)

Una falta de respeto absoluta puede denunciarse en el pensamiento de Sabás Carrasco hacia la trascendencia de la comunicación y la posición de los lectores. No así el caso de Javier Escorroza, periodista que surge en el medio y que goza de un nombre ilustrado. Desde su surgimiento, el personaje se comporta con fatuidad y asume la dirección de El Cuarto Poder como una publicación en contra del gobierno.

Juanito Quiñones se entusiasma ante el cambio y promete trabajar con arrebató por este nuevo diario de oposición:

"Aplaudí...la determinación de Albar, encomié sus propósitos, animé a mis compañeros y protesté, por mi parte, tomar empeño en la obra que a todos se nos encomendaba". (p. 84)

Y ante los cambios, ante todas las modificaciones por absurdas, descabelladas o extraordinarias que sean, sólo un personaje se mantiene equilibrado, y adopta siempre una posición racional y madura. Este es Pepe Rojo que no se deja arrastrar por la emotividad y hace comentarios incisivos.

Remedios se encuentra ya en la gran ciudad, pero sólo para remover en Quiñones los vituperios del pasado. Su primera alegría se torna cada vez más en pesimismo al notar que ante la importancia política de Mateo, Remedios está más lejos. Lo ofende su lujo, lo humilla su superioridad económica.

Un nuevo sentimiento se deposita en el ánimo de Juanito, el rencor hacia Remedios por haberse encumbrado así. Tal circunstancia es la que lo va orillando a adquirir otro modo de ser y de pensar. Juan empieza a frecuentar gente que antes despreciaba: acepta la vulgaridad como algo atractivo. Surge el deseo al reemplazar el amor por la "dulce niña" y se deja atraer por la sensualidad de Jacinta.

Su frustración amorosa trata de ser compensada por la coquetería y atrevimiento de Jacinta. Y su frustración ante el poder del diputado Cabezudo pretende aminorarse con los artículos agresivos que da a conocer en El Cuarto Poder

En este punto el comportamiento de Quiñones es ya contradictorio, de tal manera, que aparece también una inclinación masoquista en su carácter.

"Yo me sentía arrastado cada día a la calle de San Francisco para verla pasar, como si tuviera yo cierta satisfacción dolorosa en confirmar mis suposiciones, recibiendo una nueva humillación todos los días" (p. 97).

Dentro de la relación amorosa entre Juan y Remedios un personaje vital es Felicia. Esta celestina establece los nexos entre los amantes, es la confidente de Juan y también su consejera. Hay entre los tres un pacto de complicidad en contra de don Mateo.

Pero no sólo Felicia tiene gran ascendiente sobre Juan, también tenemos a Pepe Rojo que es como una conciencia para el muchacho.

Cada día es más popular El Cuarto Poder, cada día los artículos de Juan son más fogozos y violentos. Entabla polémicas con periodistas de otros diarios y una curiosidad morbosa hace que se vendan más números de ejemplares. Pero no sólo Juan se atreve a escribir tan valientemente, también Escorroza sigue el camino del muchacho y en verdad sorprende a los tres amigos con su posición hasta ese momento escondida.

Pero todo se esclarece un buen día, en que en dos periódicos diferentes aparecen artículos firmados por el mismo Escorroza. En ese instante los jóvenes se dan cuenta de que el periodista entabla contra él mismo sus polémicas.

Escorroza queda en ridículo y su actitud resulta mediocre ante Juan. A partir de entonces el periodista pierde su posición de superioridad. Sólo ante Sabas mantiene la importancia ya que éste es inexperto todavía.

Sin embargo, a pesar de tal descubrimiento, el periódico sigue funcionando y en cada uno de los jóvenes periodistas encontramos distintas posiciones hacia su trabajo y también diferentes formas de pensamiento.

Aparentemente todo continúa de la misma forma dentro de la redacción hasta el instante en que hace su aparición Buezo. Este individuo ostentoso y farsante llega a la oficina donde trabaja Juan, con una actitud de superioridad.

De inmediato Rabasa nos proyecta una escena en que se manifiestan dos actitudes comunes. Escorroza al descubrir a Buezo adopta una posición servil y Buezo se deja alagar.

La presencia de Buezo va a mostrar una vez más el destino fatal de Juan Quiñones. Tal parece que la vergüenza y el

deshonor lo persiguen.

La intención de Buezo es que en El Cuarto Poder se hable acerca de la personalidad y valor de don Mateo Cabezudo. Por fin Juan puede enfrentarse directamente con don Mateo y negarse a escribir acerca de él. Después del altercado entre el tío de Remedios y Juan, éste se retira manifestando lo siguiente:

"-El señor director -dije yo, conteniéndome con dificultad- puede ordenar lo que mejor le parezca; pero debo advertirle que desde el instante en que el periódico publique el más corto elogio de este hombre, me retiro de la redacción" (p.124).

Todo el caos de la ciudad, lo absurdo de la posición de don Mateo, las coincidencias múltiples que lastiman a Juan y lo desesperan, hacen entonces que busque en su pasado una forma de evasión. Los recuerdos de San Martín aparecen y con ellos la sencillez del pueblo y el amor por Remedios.

Pero finalmente Juan tiene que seguir subsistiendo en la realidad y para sostenerse recurre constantemente a las visitas en casa de Felicia.

Felicia asume una actitud maternal y sobreprotectora. Juan desahoga en ella todos sus sentimientos y es para el

lector un amante apasionado y romántico.

Las conversaciones con Felicia nutren la esperanza del joven, pero la realidad le muestra su pequeñez ante la superioridad de la amada, entonces la alternativa para olvidar es dejarse llevar por una vida desordenada.

En su frustración por Remedios recurre con más ímpetu a Jacinta, hasta el punto que ésta le tiende un anzuelo y lo compromete a casarse con ella. Jacinta es el contraste de Remedios; si la niña de San Martín era dulce, tímida, callada e inteligente, Jacinta es violenta, audaz y pasional.

Quiñones se siente sumamente atraído por Jacinta debido a la gran diferencia que tiene con Remedios. Mientras que la última es casi un ángel, irreal, Jacinta corresponde al plano físico y la voluptuosidad.

Jacinta tiene dos facetas que utiliza con gran habilidad ante su padre don Ambrosio: es infantil e ingenua; en tanto que con Juan se presenta agresiva.

Don Ambrosio se ha creado una imagen ficticia de su hija y no concibe en ella ningún pensamiento terrenal, así que la noticia del matrimonio lo desconcierta y encoleriza.

La situación de Quiñones es sumamente embarazosa pues se ve comprometido por su torpeza. Una vez más las decisiones son tomadas por una segunda persona y no por el joven periodista. Una vez más, también, lo vemos hacer el ridículo y caer en una actitud pasiva.

Pero habiendo superado la sorpresa y ante la ausencia ya de don Ambrosio, Juan rechaza abiertamente a Jacinta, y hiere el amor propio de la muchacha en la que surge el deseo de venganza.

Mientras tanto, Felicia cita a Juan. Los dos enamorados se entrevistan en el cuarto de Felicia en medio de una gran emoción que el narrador satura de sentimentalismo:

"Brillaban los ojos de Remedios, mojados por la lágrima contenida al brotar, merced a violento esfuerzo. Felicia, que estaba junto a ella, dejó correr libremente las que vinieron a sus pupilas, y estrechando en sus brazos a Remedios, le dio en la mejilla un sonoro beso" (p. 159).

Profundamente alterado Juan retorna a la casa de huéspedes en donde Jacinta furiosa lo esperaba:

"Al llegar al corredor la mano fuerte y nerviosa de Jacinta me asió por un brazo, apretándome con los dedos. Un ex

traordinario movimiento de repulsión y enojo me invadió súbitamente; sin decir una palabra sacudí violentamente el brazo, y seguí hasta mi cuarto sin detenerme.

Al entrar en él oí a mis espaldas un gruñido sordo, como rugido ahogado de fiera moribunda" (p. 161).

El desdén cobra fuerza en Quiñones alimentado por la entrevista con Remedios.

Rabasa idealiza la presencia de Remedios a lo largo de las cuatro novelas, en cambio, la aparición de Jacinta y su personalidad es descrita en muchas ocasiones hasta con crudeza.

Y no obstante los desprecios que Juanito hace a Jacinta, ésta presiona hasta que finalmente accede don Ambrosio Barbadillo; pero en su decisión saca a relucir una concepción enfermiza de su autoridad y de la sexualidad.

"Barbadillo continuó en larga y enérgica peroración, compadeciendo a su hija y lanzándome duros reproches que más de una vez acompañó de palabras que me ofendían grosera y aun injustamente. La ira de vez en cuando me dominaba, y rebosaba en mis labios la respuesta oportuna, en forma ruda como los cargos que la provocaban; pero el viejo no me dejaba abrir

la boca..." (p. 166)

Quiñones se contiene, efectivamente ante don Ambrosio, pero más por temor que por prudencia; ya terminada la perorata del padre de Jacinta y habiéndose retirado éste, Juanito rechaza nuevamente a Jacinta.

Posteriormente, Quiñones tiene de nuevo la oportunidad de verse con Remedios y recibe un mensaje de Felicia, pero al llegar a la casa de huéspedes en busca del cofre donde guarda los tesoros y recuerdos de Remedios se encuentra con la hija de Barbadillo y se suscita con ella una situación violenta. La muchacha terriblemente lastimada por el rechazo de Juan amenaza con vengarse.

Más tarde Juan se dirige a la redacción de El Cuarto Poder y deja pasar el tiempo para encontrarse con Remedios.

Por fin llega la noche, y así el momento en que nuestro narrador se va a encontrar con su amada pueblerina.

En este punto hace aparición otro rasgo sintomático de Rabasa: su personaje constantemente es asediado por presentimientos que de alguna manera nos adelantan el peligro. Rabasa, en este sentido camina sobre la influencia española desde el medioevo.

"Cuando subí la escalera de la casa de Felicia el corazón me saltaba en el pecho lleno de emoción dulcísima, pero turbado por vago temor" (p. 174).

Llega Quiñones a la recámara de Felicia y ahí se entrevista con Remedios. Los jóvenes se comunican sus temores y sale a relucir la amenaza que sienten en la ciudad y la añoranza de la tranquilidad y seguridad del pueblo.

Pero una vez más, como una maldición, su felicidad momentánea va a ser interrumpida: esta ocasión es Jacinta, que celosa y herida ha seguido a Juan y ante Remedios deja caer toda su ira y su resentimiento.

Después de la desaparición de Jacinta, Remedios se ve afectada por un ataque de nervios y cae violentamente en el suelo; Juan se ve obligado a huir, y ya en el patio escucha la expresión personalísima de Cabezudo: ¡canasto!

La escena está impregnada de tintes melodramáticos y se cierra con un golpe más para el orgullo del joven periodista; ya en la calle escucha los gritos de un pequeño voceador:

"-¡El Lábaro de mañana...con el retrato del general de división don Mateo Cabezuuudoooo!" (p. 179).

Al día siguiente recibe la absurda noticia de que El Cuarto Poder se transformaba de nuevo en un periódico gubernista.

Y la novela da fin con las palabras siempre con doble fondo de Pepe Rojo.

"-¡Pero esto es inaudito!- exclamé yo espantado.

-No señor- replicó Pepe con calmosa gravedad- esas son oscilaciones de la opinión pública" (p. 181)

MONEDA FALSA

"A medida que mi carácter fue modificándose bajo la acción del elemento en que vivía yo, el estudiantón me pareció pesado, pedante y fastidioso, y sus genialidades, efecto estudiado de una vanidad envuelta en chocarrerías de mal gusto. Sin embargo, era uno de mis pocos amigos, tenía que tratar con él casi diariamente y su insistencia en decirme bajo diversas formas: 'hemos de hablar un día de tantos', me picaba, me causaba impaciencia y desazón, pero siempre con mezcla de irresistible curiosidad. Por su parte, él no se daba prisa para hablar conmigo sobre el misterioso asunto" ¹⁶

Las modificaciones de la forma de pensar de Juan en Moneda falsa, llegan también como se lee anteriormente, al concepto que tiene de su amigo Pepe Rojo.

A raíz de los problemas que Juan vivió con Cabezudo en el Cuarto poder, se orienta a escribir en otro periódico; mientras tanto Pepe Rojo continúa su labor como periodista y cada vez se destaca más.

Los artículos de Pepe Rojo descubren ciertos hábitos del pueblo mexicano y por lo mismo obtienen mucho éxito entre la gente común. En los comentarios del mismo se puede ver su

¹⁶ Emilio Rabasa. El cuarto poder y Moneda falsa p. 185

actitud realista y un gran cinismo.

"Acostado en esa cama a las once de un día de elecciones, escribí un artículo que escurría sangre contra la pereza y apatía del pueblo que no tiene virilidad, etc.; y me cuenta doña Cal que el señor tocinero, mi vecino, leyó ese artículo conmovido e indignado contra ese pueblo vil, un día que su establecimiento permaneció cerrado porque su dueño almorzó con más pulque del que fuera prudente. Mis críticas de costumbre recogen aplausos, sí señor;..." (p. 189).

Dentro del ambiente periodístico que Rabasa continúa destacando en esta su cuarta novela, surge un nuevo personaje de nombre Claveque que trabaja con Juan en el nuevo periódico El Censor.

Por los conflictos desarrollados entre Mateo Cabezudo y Juan Quiñones el señor Albar y Gómez decide crear un nuevo diario y ahí colocar a Juan y a su ayudante Claveque.

Entre Pepe Rojo y Juan se establece un distanciamiento producto de su posición como periodistas. Mientras que el Cuarto Poder, periódico donde labora Pepe Rojo, se convierte en gobiernista, El Censor se caracteriza por pertenecer abiertamente a la oposición.

En El Censor Juan escribe con plena libertad y manifiesta su inconformidad con el sistema: "...yo nací para el periódico de combate; y lo habría hecho, si a Albar no le ocurre fundar otro bajo el nombre El Censor en otra imprenta y manteniendo el temperamento que el diario había tenido hasta entonces. Si Albar hace mal en esto, a mí no me importa; yo soy enemigo de este Gobierno y lo he sido desde antes, y sigo siéndolo en el periódico que escribo; no soy inconsecuente, ni cambio de casaca todos los días" (p. 190).

La actitud de Juan hacia Pepe Rojo es agresiva, pero Pepe no se deja llevar por apasionamientos y varía el giro de las conversaciones empleando la ironía con gran habilidad.

"—¿Conque no quiere usted desayunarse conmigo? ¡Qué ha de querer usted! Ese traje necesita por lo bajo una costilla de carnero y media botella de algún Chateaux. ¡Demonio! Se está usted volviendo muy gastador y muy elegante. Si le vieran así en San Martín de la Piedra, le aclamaban por alcalde, cuando menos" (p. 191)

Una vez más es Pepe Rojo el que decide el título de la novela cuarta de Sancho Polo, como lo fue al inspirar a Juan para llamar El Cuarto Poder al periódico donde se iniciaron como escritores.

Juan, molesto por las burlas de su amigo decide marcharse:

"...me acerqué a la mesa para tomar mi sombrero; pero al apartar dos cuartillas que Pepe había puesto sobre él para hacer lugar a su taza, mi vista se detuvo en un título escrito con gruesos caracteres, que decía:

MONEDA FALSA

Lancé a Pepe una mirada cuya significación debió de entender, según el semblante serio que le vi, y abrí la boca para hablar. Pero el estudiante arrostró mi actitud con la tranquilidad del que ha previsto o provocado el conflicto: grave, frío y formal..." (p. 192).

Desde un principio se presenta como absurda para el lector la posición que asume Albar y Gómez, ya que Rabasa pone de manifiesto lo grotesco de que financie y apoye al mismo tiempo un periódico gobiernista y otro de la oposición.

Sin embargo, ante la obviedad marcada anteriormente, Juanito Quiñones no se muestra desconfiado. Por el contrario, cada vez surge más seguro y a medida que pasa el tiempo se siente más poderoso e importante.

Entre tanto el director lo alaba y manipula constantemente:

"...Y por si alguna vacilación cupiera en mi ánimo, Albar, saliendo de su modo habitual añadió a lo de andando el tiempo y mejorando las cosas alguna frase en elogio de mi talento, y declarando que nadie sabría dar a un periódico el interés que yo, con sólo poner en cada número un párrafo cualquiera" (p. 196)

Eraulio Claveque consigue ganarse el afecto, la simpatía y la confianza de Juan, de tal manera que en poco tiempo Quiñones le cuenta toda su historia y los sinsabores que ha tenido que padecer, aunque omitiendo la presencia de Remedios para no manchar su nombre y reputación.

La frustración amorosa de Juan y la imposibilidad de recuperar a Remedios en un futuro, provocan en él una actitud conflictiva y un deseo constante de venganza. En su espíritu surgen los resentimientos y el único anhelo de dañar.

Pero, no obstante las negativas de Remedios para perdonarlo, Juan continúa visitando a Felicia para tratar a través de ésta de ablandar el corazón de aquélla.

En las argumentaciones de Felicia se manifiesta una aceptación de la supuesta actitud contradictoria de la mujer. Sancho Polo por medio de las palabras de la pueblerina preten de descubrir algunas características del alma femenina:

"...¿Te lo diré, grandísimo pícaro?...Pues mira; ahora te quiere más que antes. Así somos todas, Juanillo. Si yo tuviera un novio como tú, por ejemplo, y me hiciera una picardía, le arrancaría yo las orejas y luego le querría más...por bribón" (p. 203).

Felicia posteriormente interviene con Remedios para que disculpe el error de Juan al haber enamorado a Jacinta; pero Remedios continúa herida y no acepta explicaciones.

Más tarde Juan decide escribir una carta y no esperar más, y la respuesta es la devolución de la misma cerrada.

En su desesperación Quiñones sólo se desahoga atacando a través de su pluma de escritor, deja que su emotividad se desboque y caiga sobre un ministro, un gobernador o un poeta.

Por lo mismo El Censor va cobrando más adeptos, pues en sus páginas se encuentran la verdad en los artículos de Juan y la burla e ironía en las historias de Braulio Claveque.

De nuevo hace su aparición en Moneda falsa el personaje Bueso, aliado de don Mateo Cabezudo. Este vive de los políticos y compra a los articulistas de los periódicos cuando descubre El Censor la historia donde Braulio Claveque lo ridiculiza y desnuda ante la opinión pública, de inmediato recurre a Juan

para tratar de arreglar el asunto:

"—Hombre, en el último número de El Censor salió una historieta que supongo escrita por el amigo Braulio. Yo quería hablar con él, pero es lo mismo entenderse con usted. ¡Por qué se menten con el general, hombre? ¡Déjenlo en paz! El general es un buen amigo, y yo no sé por qué usted le tiene mala voluntad" (p. 224).

Bueso pretende convencer a Quiñones utilizando una actitud manipuladora. Trata de aparentar una posición conciliatoria, pero al darse cuenta de que Juan es inflexible y sincero adopta ya su verdadera faceta y se muestra cínicamente.

"...en ese artículo se anuncia la segunda parte de la historia, y mi empeño es que no se diga más sobre el asunto... Ahora ya comprendo que el objeto que se proponen es que lleguemos a un arreglo, y a eso he venido. Usted sabrá, de seguro, cuánto quiere el amigo Braulio por no publicar el segundo artículo" (p. 224).

En seguida se deja sentir la reacción de Juan y su rebeldía. Quiñones cree en un periodismo honrado y responde de una forma emotiva.

"—¿Qué ha pensado usted que soy yo, o qué Claveque, o

el periódico que dirijo? —grité lleno de ira— ¿Piensa usted que somos nosotros de los miserables que comercian de ese modo? ¡Miserable es el que tal cosa supone de los escritores honrados, porque juzga a todos capaces de infamias que tan naturales encuentra! Miserable es..." (p. 225).

Por fin Bueso se da cuenta de que por medio de Juan Quiñones no puede conseguir nada, y al llegar Claveque trata de conquistarlo pero éste apoya la posición de su compañero de trabajo.

Bueso decide retirarse y es entonces cuando Claveque comunica un rasgo común de la época: la manera en que los conflictos se solucionaban a través de duelos. Jactanciosamente señala que él ha participado en tres y que seguramente el cuarto será con don Mateo Cabezudo.

La novela nos narra en seguida cómo Claveque y Quiñones continúan poniendo en claro la corrupción de los políticos. Como consecuencia, El Censor alcanza un éxito inusitado; entonces reciben la visita de Pablo Albar y Gómez.

"—Si le mando a usted alguna recomendación para que no ataque a ninguna persona, no haga usted caso y siga con libertad, porque esas cosas se hacen de compromiso" (p. 230)

Juan escucha atentamente las palabras anteriores de Albar; pero no manifiesta ninguna actitud perspicaz. Es interesante visualizar cómo Quiñones no posee una actitud crítica o de análisis cuando se refiere a Pablo Albar y Gómez.

El éxito de El Censor y las felicitaciones de Albar son de alguna manera una compensación para Juan ante la pérdida irreparable de Remedios. Durante algún tiempo Juan se atormenta con los recuerdos; pero un buen día decide olvidar definitivamente a su amada:

"—No me queda ya más que un camino —dije levantándome para retirarme— hacer un esfuerzo supremo, arrancarla de mi corazón, pensar otra cosa y olvidarla" (p. 234).

Y para poder borrarla más fácilmente se dedica por un lado a la diversión, y por otro a su trabajo como periodista.

De pronto un buen día la prensa nacional se consterna ante la detención de dos periodistas que atacaron a altos funcionarios, Juan se compromete enseguida e inicia su trabajo defendiéndolos en El Censor. Pero la represión se plantea como un aviso ante las libertades que se han tomado los redactores y no se consigue que salgan de la cárcel.

Son muchas las defensas que se esgrimen en su apoyo, pe

ro no sólo no logran su libertad, sino que dos periodistas más son encarcelados.

Juan continúa luchando en su defensa, pero la situación es crítica y nada se puede solucionar.

La fama de Quiñones como periodista cada vez es mayor, pero la tranquilidad no llega a su corazón:

"Siempre Remedios, pálida y ojeroza, más bella que antes se presentaba en mi imaginación, implacable, colérica, los labios entreabiertos para decir: ¡Nunca!" (p. 250)

Remedios se convierte en una obsesión y mientras más de sea olvidarla, más está presente.

Felicia, testiga constante del dolor y el arrepentimiento de Juan decide sacrificarse para realizar la felicidad de los jóvenes. Así, una ocasión en que Juan la visita le comunica su decisión de casarse con don Mateo Cabezudo. Quiñones, en medio de su angustia no es capaz de darse cuenta de que el amor de Felicia a Cabezudo no existe.

Al enterarse Juan del supuesto enamoramiento ve perdida a su última compañía.

Las elucubraciones de Quiñones en torno a Felicia poseen un hondo egoísmo. Juan sólo es capaz de pensar en su amor por Remedios y todos sus intereses giran en torno a ella, por lo mismo no se percata de que Felicia tiene necesidad de hacer su propia vida.

La opinión de Juan es que Felicia debe permanecer siempre sola para que pueda apoyarlo y comprenderlo.

Una rabia inmensa se deposita en lo más hondo de Juanito Quiñones y ve aparecer una vez más la figura de don Mateo para atormentarlo y llenarlo de infelicidad.

De pronto ve cómo Cabezudo le ha arrebatado lo que más ama y experimenta hacia Felicia un sentimiento de rechazo, pero no comprende los verdaderos móviles de la muchacha:

"...0 tenía un juicio impropio y hasta repugnante por su precocidad, o era quizá arrastrada por la ambición de riquezas, de lujo, de comodidades que no podía ofrecerle" (p.260)

Al no poder analizar tranquila y racionalmente la situación de Felicia, Juan decide renunciar a ella:

"...Quiso ella hacerme alguna objeción; pero me negué a oírla, insistí terminantemente en aquellas órdenes, y sin pasar al cuarto de Felicia para despedirme, salí de la casa con

el firme propósito de no volver a ella nunca" (p. 261).

Paradójicamente es después de la separación de Felicia de Juan que don Mateo inicia su etapa de decadencia. Los periódicos de la Ciudad de México lo empiezan a atacar. En distintos diarios se muestra la verdadera imagen de Cabezudo.

Ante esto, Quiñones descarga todas las humillaciones sufridas en el pasado y comienza a publicar en El Censor una serie de artículos denominados "De jornalero a ministro" en contra de don Mateo Cabezudo.

Como derivación de la iniciativa de Quiñones otros periódicos defienden a don Mateo, publicaciones que el mismo general ha comprado.

Juan se muestra como un enemigo implacable y en sus reuniones con otros periodistas se arrepiente de su romanticismo anterior:

"—Tienen ustedes razón -dije al cabo, en un arranque de franqueza-. He sido un tonto completo. Yo he tomado la vida de cierto modo que ustedes no pueden comprender, como apenas puedo comprenderla yo..." (p. 277)

Juan se avergüenza de sus ideales y de su ingenuidad, y

para compensar los años perdidos en una falsa ilusión decide ir a buscar de nuevo a Jacinta.

Se entera de que la muchacha lo sigue amando y va en busca de ella para reiniciar el romance truncado. Emilio Rabasa hace una descripción grotesca del encuentro de Jacinta y Juan.

Toda la sublimación y el romanticismo exacerbado que veíamos en la relación Juan-Remedios, se transforma en una caricatura cuando surge la presencia de Jacinta.

"De repente la puerta del corredor se abrió. Jacinta se lanzó a la escalera que yo no tuve tiempo de acabar de subir, y deteniéndose en el primer peldaño echó sobre mi hombro todo su cuerpo, balbuceando no se qué palabras sin articulación. Cimbró hacia atrás mi cuerpo al peso del que cayó sobre mí, rodó mi sombrero por la escalera abajo, y Jacinta, asiéndome de los cabellos con ambas manos, me sacudió furiosamente la cabeza..." (p. 282)

"...Sus brazos gruesos y vigorosos rodearon mi cuello y por un momento creí que me ahogaba" (p. 284).

Moneda falsa encierra en sus páginas el último fracaso de Juan Quiñones. Ante la ausencia de la mujer amada, cana-

liza todas sus energías dentro del periodismo, y cree estar haciendo, verdaderamente, una labor positiva; pero los sucesos se vuelven cada vez más difíciles y Escorroza se presenta ante Juan para darle a conocer la verdadera situación del periódico.

El Censor había sido creado por el gobierno y no era Albar el que lo protegía, así que Juan se encontraba trabajando para los intereses del sistema.

Escorroza se lo comunica a Juan Quiñones de la manera siguiente:

"—Sí, señor; porque en la composición que Albar tuvo con él, cuando se cambió el Cuarto Poder, se le concedió un empleo para que el redactor que escribía los más fuertes artículos quedara contento; es decir, para usted. Pero como a don Pablo le había ocurrido fundar con usted El Censor, no quiso dar el nombre de usted y dio el mío. De modo que yo aparezco en las nóminas y usted toma el sueldo, que no hace más que pasar por mis manos" (p. 302).

Las últimas esperanzas de Juan desaparecen ante la forma brutal en que tiene que enfrentarse a la realidad. Entonces detesta sus pudores y su concepto equivocado de la vida.

**FILOSOFIA
Y LETRAS**

La situación se presenta tan crítica que don Mateo Cabezudo va en busca de Claveque y lo golpea por el artículo que Juan ha escrito en su contra.

Llega un momento en que el periodismo pasa a segundo término y lo más trascendental es la lucha entre don Mateo y Juan Quiñones. Ambos se han aniquilado y se han dejado vencer por el odio.

Juan pierde su empleo y don Mateo está sumido en la miseria. De nuevo aparece Pepe Rojo para ayudar a Juan y tratar de que recapacite. La única alternativa de Quiñones es hacer las paces con Cabezudo antes de que su nombre aparezca mancillado en todos los periódicos.

Finalmente Pepe Rojo convence a Juan, y juntos se dirigen a la casa de don Mateo. En el camino Quiñones sufre una lucha interna, su orgullo se ve humillado y el rencor aparece otra vez:

"¡Maldito hombre aquel, causa de todos mis males, autor de mi infortunio por su vanidad! ¡Maldito él, que no contento con arrebatarme cuanto amaba yo en el mundo, lanzándome al vicio, me vencía al fin, obligándome a ir a buscarle en demanda de paz!" (p. 325)

Juan es incapaz de aceptar la dosis de responsabilidad de sus fracasos. Culpa a Cabezudo de todos sus infortunios y olvida que él actuó también agresivamente.

Don Mateo y Juan se encuentran frente a frente, y ante la actitud agresiva y orgullosa de don Mateo, Juan se siente herido y lo insulta. Se desata una escena violenta y la acción termina cuando Pepe y Juan tienen que huir perseguidos por la policía.

Una vez más el temperamento impulsivo de Juan se manifiesta y empeora la situación.

Al otro día aparece en El Censor una historia dedicada a Juan. Juanito Quiñones es el protagonista y Braulio Claveque el escritor.

En ese momento se descubre ya la verdadera personalidad de Claveque: desde un principio estuvo enterado de la situación de El Censor, y también era el que recibía dinero de Buezo y Cabezudo.

Los últimos cien duros que don Mateo pagó para que se escribiera el artículo fueron a parar al bolsillo de Claveque.

En Moneda falsa Emilio Rabasa va descubriendo la serie

de anomalías y traiciones que se dan en la gran capital.

En realidad tanto don Mateo como Juan son derrotados por la gran ciudad. Ninguno de los dos estaba preparado para combatir y por lo mismo ambos retornan al terruño sin nada.

Juanito Quiñones nos refiere el momento final en que a punto de robarse a Jacinta escucha la voz de una mujer y se entera de la enfermedad de Remedios.

Ante la cercanía de la muerte el general y el periodista ya fracasados olvidan sus rencillas pasadas. Es Remedios quien logra unir a su tío y al hombre que ama.

Don Mateo accede al matrimonio entre Juan y Remedios; pero todos estos sucesos se desarrollan ya en San Martín de la Piedra.

Dentro de todo el marco de conflictos que plantea Sanchito Polo al escribir sus novelas La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa nos entrega al final una solución feliz.

LA GUERRA DE TRES AÑOS

La guerra de tres años es la quinta novela escrita por Rabasa y en ella se proyecta la problemática que padece un pequeño poblado como producto de la guerra de Reforma.

Es evidente que el interés primordial de Rabasa no correspondía tanto a la literatura como manifestación artística misma, sino a la necesidad de plasmar lo que la misma experiencia y observación le habían transmitido.

Las palabras de Emmanuel Carballo precisan claramente esta situación:

"Emilio Rabasa fue un escritor ocasional: consideraba la literatura como un mero pasatiempo, dedicando lo mejor de sus fuerzas al derecho y a la política, actividades más serias y trascendentes según su opinión..."¹⁷

En esta novela Sancho Polo nos entrega una pintura de los hombres que participaron en la política interna de un pueblo:

"...se refiere más a los políticos que a la política:

¹⁷ Emmanuel Carballo, La guerra de tres años, p. 9. A partir de aquí sólo pondré entre paréntesis las páginas a que me refiero de esta edición.

llega, en otras palabras a lo general por lo particular"
(p. 10)

En La guerra de tres años, como en las cuatro novelas que había escrito anteriormente, Sancho Polo declara la necesidad de que en la literatura se diga lo que es producto de la realidad:

"Convencido positivamente, cimentó sus novelas en el principio de que todo conocimiento descansa en la experiencia" (p. 10).

La guerra de tres años genera un conflicto también de carácter político como en el caso de La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa, pero lo que en su primera obra le llevó a Rabasa la escritura de cuatro títulos diferentes aunque ligados, en el caso de La guerra de tres años se plantea en cincuenta y seis cuartillas. Es decir, que el autor poseía mayor madurez literaria, y como consecuencia mayor capacidad de síntesis.

En esta novela el autor se concreta en el tema que está tratando y no se deja desviar.

En cuanto a los personajes, nos encontramos con que están mejor analizados y nos transmiten más ampliamente las ca-

racterísticas que poseen hasta donde su situación de caricaturas puede otorgárselos.

A lo largo de la novela se maneja otra vez, un tono humorístico. La descripción de los personajes está dada a través de palabras irónicas que ridiculizan a los mismos. Por medio de esta técnica Emilio Rabasa nos indica la mediocridad que impera tanto entre conservadores, como entre liberales.

La guerra de tres años se inicia en un momento irregular. La acción empieza a las tres de la madrugada y de una manera bulliciosa. La narración, hecha en primera persona, nos describe el repique de las campanas que desmañanan a los pobladores de El Salado:

"Minutos más o menos, serían las tres de la mañana en el pueblo del Salado, cuando rompió el primer repique, en el cual juntaron sus voces la campana grande, la cuarteada y la esquila, en desconcierto estruendoso e insufrible, que fue en uno alegría de muchachos, satisfacción de viejas devotas, cansa de gruñidos de viejos dormilones, de ladridos de perros y aleteo de gallinas y despertador de todo el mundo" (p. 27).

El sonido de las campanas nos comunica el ambiente festivo que se anuncia en el Salado. La novela principia de la misma manera en que comienza La bola.

En seguida Rabasa nos pone en contacto con el personaje principal. Este es don Santos Camacho, el jefe político, a quien el sonido constante de las campanas encoleriza. Una expresión agresiva surge de sus labios y de inmediato lanza amenazas a los responsables de aquel desorden; pero el sueño lo vence y se deja arrastrar por él. Mas cuando parecía que verdaderamente iba a descansar un nuevo repique lo despierta definitivamente.

La voz de don Santos se deja oír. Es un individuo abrupto, agresivo y déspota:

El jefe político de el Salado "era grueso, con tendencias a ventrudo, de ancha nuca y grandes manos; era además un poco cargado de hombros y no muy aliviado de espaldas; pisaba recio, escupía con frecuencia, y tenía su poco de laringitis crónica" (p. 29)

Rabasa nos da una descripción física bastante general. Más adelante nos refiere la historia del personaje. En ésta se destaca cómo por razones circunstanciales participa en la Guerra de Reforma y cómo también llegó a la Jefatura del Salado.

Se enumeran las habilidades que Santos Camacho tuvo que utilizar para conservar la Jefatura del Salado. Es decir, los

regalos frecuentes a los más poderosos, el festejo del santo del gobernador, y los obsequios a la esposa.

Emilio Rabasa nos pinta el aspecto general de la población del Salado y las concepciones absurdas del jefe político en torno a lo que es el poder y la política.

Un tema que el novelista trata con gran acierto en su obra es el del fanatismo. La población está, fundamentalmente, dividida en dos grandes corrientes. Por un lado se encuentran los liberales, y por el otro extremo los conservadores.

Existe la posición de la gente que comulga con las ideas de Juárez; y aquellos que, definitivamente, las rechazan y buscan la verdad en la religión.

Dentro de este último grupo destacan las beatas de la "vela perpetua" amparadas por el cura del lugar y que van a ser generadoras del conflicto de la novela.

Pero además de estos grupos antagónicos, surge uno más que respeta la posición del gobierno, pero que igualmente, "...acataban los preceptos de la iglesia por interés de la otra vida, y respetaban mucho al gobierno por el rato que hemos de pasar en ésta" (p. 32)

Y Rabasa, con su ironía comenta: "lo cortés no quita lo valiente" (p. 40).

Ante estas circunstancias tan drásticas, el ambiente psicológico que proyecta la novela es de inquietud y desconfianza entre los personajes.

La narración de Rabasa es fulida y el lenguaje que emplea, principalmente directo. Nos hallamos ante constantes giros lingüísticos típicos de la región y presencias claras del pueblo así como ante regionalismos no fácilmente identificables por el lector.

Otro personaje que destaca dentro de la trama es Hernández, el secretario. Un individuo con cierta experiencia para manejar los difíciles caracteres de los jefes políticos.

La novela está llena de rasgos costumbristas y descripciones detalladas de los habitantes provincianos. Se destaca la importancia del Santo Patrón del pueblo.

La festividad que la iglesia prepara es para San Miguel. Las mujeres católicas se apiñan en torno al santo y le rinden honores con los arreglos que realizan. Se percibe la solemnidad del acto y la emoción de las participantes.

Aparece en la escena anteriorla mujer que cumple con perfección los arreglos para el santo. Esta es doña Nazaria, personaje de cuarenta años, que entrega todas sus energías a los eventos de la iglesia. Todo el aroma del tradicionalismo cristiano que se da en provincia se despliega en la descripción que Rabasa hace de la procesión dedicada a San Gabriel.

Nazaria es el personaje afortunado y que despliega con gran maestría su oficio.

En el arreglo del santo se denota la ingenuidad de las mujeres que participan.

"Cuando el arcángel estuvo tan completamente vestido que no parecía arcángel, cuando no hubo ya sitio para más cintas, lazos ni botones, cuando el dragón no tuvo ya ni polvo siquiera en el fondo de la boca abierta, doña Nazaria se retiró a quince pasos para admirar su obra, y vio que era buena, lo dijo en voz alta" (p.39).

Rabasa en esta novela da mayor veracidad a las expresiones ofensivas de sus personajes. Estos emplean ya abiertamente maldiciones que en La bola quedaban solamente sugeridas.

"No pasarán tres días; ya verán, no pasarán tres días. A ellos, y a los gachupines del portal viejo y a don Serapio

Cruz, y a todos los sinvergüenzas que andan siempre hablando de mí, y que las multas así, y que los de la guarnición asado, y que... ¡la madre.!!
 ¿a ellos qué les importa? (p. 44).

Don Santos Camacho por su posición de liberal no puede permitir que se efectúe la procesión. Su cólera cada vez es mayor al notar la actitud vacilante del pueblo y las habladurías que se gestan.

Mas a pesar de la actitud decidida del jefe político hay algo más trascendental que la política o que los liberales. Y son las peleas de gallos.

Hernández, el secretario, utiliza todo su talento para ganarse simpatías y adeptos con las dos fuerzas antagónicas del pueblo. Así que por un lado permite la procesión mediante el pago de una módica suma, y por otro mantiene a don Santos distraído para que no se percate de las anomalías que se suscitan a su alrededor.

Cuando la furia de Sanchos Camacho es mayor, Hernández aprovecha para hablar de los gallos y recordarle al jefe político el honor de su nombre en el palenque.

Rabasa describe con detalle el desarrollo de la pelea

de gallos:

"La lucha tuvo peripecias: el giro volaba alto y la navaja hendía el aire al rápido golpe, sin tocar al adversario, que parecía esperar, agazapándose, a que su enemigo se fatigara. El giro se detuvo al cabo, picando la tierra, mientras alrededor de su cresta encendida formaba con las plumas del cuello un cerco de oro; parecía provocar y calcular a la vez. Repentinamente se lanzó sobre su enemigo, abriendo poco las alas, casi sin volar; echó atrás todo el cuerpo y sus dos espolones se cerraron sobre el riochiqueño con terrible fuerza" (p. 55).

Con el pretexto del festejo del Santo Patrón del Salado la plaza se llena de colorido y de alegría. Entonces Rabasanos plasma el pintoresquismo de estas celebraciones en la provincia mexicana:

"Mientras tanto, en la plaza se veía un movimiento extraordinario para aquel pueblo. Había muchas vendimias, cuáles al raso, cuáles en pequeñas barracas, sin que faltara baratas ambulantes, que incitaban a los muchachos sonando pitos, tocando flautas y moviendo saltimbancos de cartón. Los puestos de frutas con su variedad de colores alegraban el mercado; al lado de naranjas color de oro, se veían verdinegros aguacates; las piñas alternaban con los mangos; los plátamos

en apretados racimos, con las guayabas, las limas y los zapotes . Cuanto en frutas produce la tierra caliente, estaba amontonado allí en vistoso desorden. Y entre una y otra barraca, mesas y canastos de dulces, y tal cual instalación de lo fuerte, desde el aguardiente de caña hasta el dorado catalán" (p. 47)

Mucha gente ha llegado a las fiestas del Salado, desde los encumbrados y favorecidos hasta los indios.

Los mecanismos de evasión para que su alegría sea más genuina se evidencia con el aguardiente . La posición de Rabasa no es tanto crítica como meramente descriptiva.

Tres son las figuras femeninas sobresalientes en la anécdota: la vieja Gilda, Luisa y Nazaria. Las tres están involucradas con Santos Camacho.

La vieja Gilda es madre de Luisa, y ésta amante del jefe político. Nazaria en su pasado también tuvo relaciones íntimas con Santos; pero al ser desdeñada por el jefe se desencadenó en ella un gran resentimiento.

De lo anterior se establece una rivalidad feroz entre las dos mujeres. Ante la carencia de capacidad por parte de Santos para gobernar verdaderamente el Salado, las mujeres involucradas

tervienen en un ámbito meramente emotivo, e influyen en las decisiones y en los errores del jefe político.

Las situaciones se tipifican y cobran vida en la novela de Rabasa: El chisme, sobre todo, que se convierte en un gran atractivo, ante la vida monótona de los pueblos.

La vida pública y privada de los personajes es sabida por todo el poblado, y cada quien complementa con su propia imaginación aquello que no se dijo o que no se hizo.

En Hernández se describe al individuo que políticamente es un corrupto. Su habilidad la maneja para beneficio personal y se manifiesta como un hipócrita y advenedizo.

El radicalismo llega a su máxima expresión cuando la procesión que supuestamente debería confinarse a la iglesia, toma la calle.

Don Santos recibe el aviso de una manera peculiar y graciosa:

"— ¡Don Santos! ¡Don Santos! ¡Don Animal! ¡Que sale la procesión!" (p. 56)

Al jefe político se le llama por su verdadero apelativo

como consecuencia de la precipitación y confusión.

Don Santos sale enfurecido del palenque y descubre ante nosotros la actitud emotiva dominante de su carácter. Como individuo que ha subido al poder por casualidad carece de visión y resuelve el problema como si fuera una cuestión de amor propio.

La gente de la procesión se enardece ante la agresividad del jefe político y estalla el enfrentamiento:

"Algunos hombres del pueblo alzaban los puños y los enseñaban al jefe lanzando palabras de amenaza, y aunque don Santos parecía dar órdenes, la procesión continuaba igual, de suerte que podría adivinarse que no encontraba su autoridad una obediencia muy fácil" (p. 59)

Después se descarga la violencia y aparecen "los quince hombres de la guarnición" para reprimir a los feligreses.

Se mezclan con la habilidad narrativa de Emilio Rabasa dos actitudes aparentemente contrastantes. La situación que vive el Salado es crítica y puede convertirse en una tragedia, pero el autor nos describe lo que es un drama con un tono de comicidad.

Las situaciones son llevadas a la exageración y cobran un matiz que los acerca a la farsa:

"Los quince hombres de la guarnición pasaron por la tienda de los Angelitos a paso veloz y se abrieron camino hasta llegar a don Santos. A la voz de éste, las culatas de los fusiles descargaron sobre las gentes más próximas y en seguida toda la procesión se puso en marcha; pero ya sin orden, en medio de algunos gritos y tomando el rumbo de la casa municipal. Los Angelitos seguían observando el movimiento, mudos, atentos; y pudieron ver que abierta la puerta, la multitud se contuvo en sus dinteles merced a los golpes que los soldados descargaban...

...Casi al mismo instante. Zapata llegó corriendo a "La Esperanza en la Honradez".

-¿Ya saben ustedes?-preguntó

-Cuenta, hombre, cuenta.

-El cura preso y condenado a veinte días de arresto o cien pesos de multa .

-¡Bueno!

-¡Magnífico!

-El santo, preso también.

-¡Muy bueno!

-A doña Nazaria le dio un ataque de convulsión" (p.59).

Las posiciones ideológicas se dan tan drásticamente en el Salado que los progresistas o liberales se establecen en el portal nuevo y los religiosos y conservadores en el portal viejo.

El padre Diéguez se ve obligado a permanecer en la cárcel; pero su valor lo acerca cada vez más a la imagen del mártir. Mientras tanto las beatas del lugar juntan fondos para rescatar al santo sacerdote.

La pintura que Emilio Rabasa hace del cura está impregnada de ironía y burla. Es evidente que el autor no comulgaba con esa estrechez de pensamientos.

Todo el caos en que en unas horas vive el Salado es producto de cuestiones personales. Pero la situación no se resuelve con la refriega de la procesión; sino que trasciende hasta la capital del estado.

Se envían cartas a la gobernadora para que intervenga en favor del cura.

Una vez más se deja sentir la inclinación religiosa de nuestro pueblo en la presencia de la esposa del gobernador. Esta toma partido y presiona a su consorte para que libere y dignifique al sacerdote.

Para el gobernador la situación es delicada; pero finalmente encuentra una solución:

"Al fin el señor gobernador halló medio de arreglarlo todq̄ . Fuese a Palacio al siguiente día, firmó la comunicación llena de encomios y felicitaciones que se dirigió a don Santos; acordó 'no ha lugar' a la solicitud de revocación de la multa, y por otro lado mandó que con cargo a los gastos extraordinarios de guerra se remitieran a Pinto cien pesos, a la vez que recomendó al secretario que llamara al Jefe Político, por carta particular" (p. 81).

En la disposición del gobernador Rabasa nos transmite la actitud del que asume soluciones salomónicas y trata de dejar satisfechos a todos para no comprometer su prestigio y su seguridad .

Don Santos al recibir la misiva del gobernador acude,

inmediatamente, a su llamado y, después de esperar durante al gún tiempo, recibe el nombramiento de capitán primero e ingre sa al departamento de jefes y oficiales .

En realidad los acontecimientos que suceden en el Salado no son otra cosa que una muestra de la manera más absurda en que se tomaron las palabras de Juárez y las leyes de refor ma .

La novela presenta la falta de visión y de politización verdadera de los personajes.

Y para recalcar lo anotado anteriormente quedan las palabras del mismo autor:

"Esto es todo lo que pasó en el Salado. Tal vez sea so sa esta relación; pero yo no tengo la culpa de que en el Sala do no pasen cosas estupendas" (p. 83).

CONCLUSIONES

Un aspecto controversial dentro del panorama de la literatura mexicana es el de señalar hasta qué punto las novelas realistas corresponden efectivamente a una visión descarnada y abierta de la realidad .

Si pensamos en novelas como Astucia o en Los bandidos de Río Frío, de inmediato nos enfrentamos a la visualización, ya sea de Inclán o de Payno, de una parte de nuestra realidad nacional . Mientras que Inclán nos muestra las características del campo, Payno nos refiere las costumbres de la ciudad. En una novela apreciamos el paisaje campirano y en otra las escenas citadinas; pero en ambas novelas los autores se interesan en forma especial por divertir al lector, y aunque percibimos lo esencial del país, no se llega al plano de la crítica .

Es interesante pensar en estos dos novelistas cuando nos referimos a Emilio Rabasa.

En el caso de Rabasa encontramos al mismo tiempo su interés en los dos aspectos antes citados . Como hemos podido descubrir, su primera novela se inicia en la provincia y nos

relaciona con la gente del campo aunque no profundiza demasiado en la mentalidad campesina, para más adelante llevarlos a la misma capital. Es decir, que Sancho Polo no se inclina solamente por un tipo de ambiente, sino que trata de dar una imagen más completa de lo que era la realidad de nuestro país. Además, no se queda solamente en lo folklórico, es decir, en las costumbres, tradiciones y fiestas, sino que va más allá y nos presenta a sus personajes relacionados con los problemas económicos y políticos de México.

De alguna manera los personajes de Rabasa se involucran con cierta problemática. Y bien es verdad que carecen de una ideología clara y definida, también es cierto que aún dentro de sus equívocos se comprometen seriamente.

Rabasa siempre está moviendo los hilos de sus personajes y emitiendo juicios acerca de los mismos. Como producto de tal inclinación, encontramos que va planteando los temas más significativos. O sea, que a través de sus personajes vamos descubriendo ciertos tópicos sobresalientes de la realidad nacional.

Tanto la serie de sus cuatro novelas como la última, destacan la misma problemática, pero lo que primero le llevó cuatro tomos, ya en su última obra logra una capacidad de sín tesis. Este punto es interesante porque destaca un rasgo ca

racterístico del autor: la reiteración. En sus cuatro primeras novelas las situaciones se ven repetidas constantemente. Todo gira en torno al amor imposible de Remedios y Juanito. Continuamente presenciamos las ofensas que tiene que recibir Quiñones, y los consecuentes enfrentamientos entre don Mateo y el enamorado, de tal forma que la trama adquiere un ritmo monótono en algunas ocasiones.

Algo distinto donde en La guerra de tres años, donde el autor seguramente desde un principio tenía perfectamente claro su objetivo central, y donde la novela se desenvuelve con gran acierto.

En sus novelas, Rabasa pretende enfrentar al lector a ciertos problemas del país. Si bien asume hasta cierto punto una actitud crítica, en ningún momento está planteando como solución para los problemas un movimiento revolucionario. Considera que es importante destacar ciertas fallas del sistema, pero no se declara abiertamente opositor.

Una inquietud frecuente en Rabasa es la de ser un escritor realista, y para demostrar esto, en sus novelas plantea la necesidad de decir la verdad. En efecto, Rabasa toma la historia de sus novelas de la vida cotidiana, pero hay ciertos aspectos que no le permiten dar un retrato tan genuino. Quizás uno de ellos es su concepción moral y su temor a herir

la sensibilidad del lector; otro es su todavía marcado sentimentalismo y el hecho de caer constantemente en situaciones románticas.

Aunque Emilio Rabasa rechaza y trata de ridiculizar la actitud evasiva y exagerada de los románticos, en muchas ocasiones se deja llevar por sus emociones y cae en la idealización de las escenas o de los personajes.

En su novelística se anteponen dos fuerzas: por una parte el ambiente provinciano y por otra el de las grandes urbes. El autor parece plantear que ciertos hombres de provincia se corrompen en la ciudad, y finalmente, retornan al pueblo con un amargo sabor.

Sin embargo, un aspecto digno de destacarse es que aun en el pueblecito olvidado, también se generan intereses personales y actitudes corruptas. Rabasa no nos da una sola visión sino que trata de presentar un panorama global de su momento.

Desde el punto de vista estilístico hallamos principalmente un lenguaje directo: en sus páginas brotan los giros de la provincia mexicana; así como también un lenguaje político a base de comparaciones, y un marcado lirismo.

Emilio Rabasa, como sabemos, era un hombre dedicado a la política y al estudio de las leyes, por eso mismo cuando se enfrenta al oficio literario ve, más que nada, una alternativa para destacar sus opiniones. Esto explica que no continuara escribiendo; en realidad le dio más importancia a la labor periodística y hacia ésta orientó su energía.

Como hemos dicho, el autor siempre está presente para determinar el comportamiento y la línea que han de seguir sus personajes. Desde el punto de vista psicológico no hay en sus caracteres mayor complejidad y se presentan ante nosotros abiertamente.

Algunos de los personajes que aparecen en su obra están ridiculizados, el autor enfatiza y descarga su gran capacidad para la ironía en ciertos defectos, y nos entrega más bien caricaturas. Los personajes corresponderían a ciertos tipos fácilmente reconocibles en nuestro contexto. Encontramos al romántico e idealista en Juanito Quiñones; el cacique está presente en Mateo Cabezudo o en Santos Camacho; el acomodaticio por ejemplo, es Hernández.

La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa se desarrollan en los años anteriores a la revolución, aparecen ya dentro de una etapa de crisis, en tanto que La guerra de tres años nos comunica a los años que siguieron a la época juarista.

En las cinco novelas podemos captar momentos difíciles dentro de la realidad nacional, El realismo de Rabasa consiste en mostrarnos, en ciertos momentos históricos y en lugares precisos, determinados aspectos que según su personal punto de vista crean grandes dificultades a México.

Y dentro de su necesidad de plasmar lo más equilibradamente posible esta problemática, surgen las características todavía vigentes del movimiento romántico.

El realismo de Rabasa no llega a sus últimas consecuencias, como sucede en Francia, y lo detiene principalmente su concepción moral de la existencia.

El tema central en sus cinco obras es su opinión sobre la política; ésta se presenta como una oportunidad para obtener beneficios personales y no como una necesidad de servir al pueblo. Encontramos en sus páginas los mecanismos esenciales para llegar al poder y la mediocridad imperante en esos medios.

Pero, por otra parte, Rabasa sólo presenta los planteamientos; sus novelas no dan en ningún momento soluciones.

Un aspecto que no podemos dejar pasar por alto es que sus primeras cuatro novelas las escribió cuando era todavía

muy joven, lo cual explicaría ciertos rasgos de inmadurez. Posiblemente si hubiera continuado escribiendo de manera sistemática hubiera alcanzado el lugar que según Manuel Pedro González merecía: "Cuando Rabasa renunció a seguir cultivando la novela, México perdió en él al creador mejor dotado que entonces poseía. De haber continuado escribiendo novelas probablemente habría superado a López Portillo y Rojas, a Gamboa y a Delgado" ¹

Otro aspecto interesante se deriva de las palabras de Carlos González Peña, al señalar que Rabasa es "el introductor del realismo en la novela mexicana"². Lo que sucede es que es el primer realista que posee ya un valor reconocido.

Su importancia dentro de la literatura mexicana es innegable, tanto porque refleja dos períodos históricos de trascendencia como por el tono mordaz con que presenta situaciones y personajes.

Posee Emilio Rabasa, también como característica importante, un sello de sinceridad y un toque ingenuo en la narración, así como la viveza y el entusiasmo de quien trata de comunicar sus impresiones. Pero en última e importantísima instancia, una visión diferente del panorama político es lo que Sancho Polo nos entrega: la posibilidad de la sonrisa o de la burla abierta ante el aparato del poder.

¹ Manuel Pedro González, Op. cit., pág. 67

² Carlos González Peña, Opus cit., pág. 342

BIBLIOGRAFIA DIRECTA

- Rabasa, Emilio, La bola y La gran ciencia, Prólogo de Antonio Acevedo Escobedo, México, Editorial Porrúa, S.A., 1974, 4a. eds., 360 pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 50).
- Rabasa, Emilio, El cuarto poder y Moneda falsa, Edición y prólogo de Antonio Acevedo Escobedo, México, Editorial Porrúa, S.A., 1970, 2a. eds., 401 pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 51).
- Rabasa, Emilio, La guerra de tres años, seguido de Poemas inéditos y desconocidos, Edición y prólogo de Emmanuel Carballo, México, Libro-Mex Editores, 1955, 103 pp. (Biblioteca Mínima Mexicana, 12).

BIBLIOGRAFIA

- Abreu Gómez, Ermilo, et al., Cuatro siglos de literatura mexicana; poesía, teatro, novela, cuento, relato, México, Editorial Leyenda, 1946, 1067 pp.
- Abreu Gómez, Ermilo, A un joven novelista mexicano, México, Empresas editoriales, S.A., 1967, 59 pp.
- Aguirre Benavides, Adrián, Madero el immaculado. Historia de la Revolución de 1910, México, Editorial Diana, 1962, 541 pp.
- Altamirano, Ignacio Manuel, Clemencia. Cuentos de invierno, (Julia, Antonia, Beatriz, Atenea), México, Editorial Porrúa, S.A., 1980, 10a. eds., 280 pp. (Col. "Sepan cuantos...", 62).
- Altamirano, Ignacio Manuel, El Zarco, navidad en las montañas, Pról. de María del Carmen Millán, México, Editorial Porrúa, S.A., 1980, 14a. eds., 125 pp. (Col. "Sepan cuantos...", 63).
- Altamirano, Ignacio Manuel, La literatura nacional, revistas, ensayos, biografías y prólogos, Editorial y prólogo de José Luis Martínez, México, Editorial Porrúa, S.A., 1949, 3v.
- Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana. La colonia, cien años de República, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, 519 pp. (Breviario, 89).
- Ara, Guillermo, La novela naturalista hispanoamericana, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965, 200 pp. (Cuadernos de Eudeba).
- Azuela, Mariano, Cien años de la novela mexicana, México, Editorial Botas, 1947, 296 pp.
- Azuela, Salvador, "Rabasa, historiador y sociólogo" en El Universal, 9 de junio de 1956, p. 3.
- Blanco, Carlos, "Realidad y estilo de Juan Rulfo" en Revista mexicana de literatura, sept-oct. 1955, pp. 59-89.
- Bonet, Carmelo, M., El realismo literario, Buenos Aires, Editorial Nova, 1958, 150 pp. (Compendios Nova de iniciación cultural, 20).

- Brushwood, J.S., México en su novela, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 436 pp. (Breviario, 230).
- Brushwood, J.S., y José Rojas Garcidueñas, Breve historia de la novela mexicana, México, Ediciones Andrea, 1959, 157 pp. (Manuales Stadium, 9).
- Bulnes, Francisco, El verdadero Díaz y la revolución, México, Editora Nacional, S.A., 1960, 833 pp.
- Campo, Angel de, Ocios y apuntes. La rumba, Edición y prólogo de María del Carmen Millán, México, Editorial Porrúa, S.A., 1958, 341 pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 176).
- Carballo Emmanuel, "José López Portillo y Emilio Rabasa", en Revista de la Universidad, Vol. IX, Núm. 8, México, abril de 1965, pp. 12-19.
- Carpentier, Alejo, "Novela e ideología", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 5, México, UNAM, 1971, pp. 184-185.
- Carpentier, Alejo, "Lo anecdótico y lo universal en la novela", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 5, México, UNAM, pp. 181-184.
- Castera, Pedro, Carmen, memorias de un corazón, Ed. y prólogo de Carlos González Peña, México, Editorial Porrúa, S.A., 1950, 309 pp.
- Castillet, José María, "La novela de nuestros días", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 5., México, UNAM, 1971, pp. 120-125.
- Cosío Villegas, Daniel, et al., Historia mínima de México, México, El Colegio de México, 1973, 164 pp.
- Cuéllar, José Tomás, de, Ensalada de pollos y Baile y cochino, Ed. y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1976, 379 pp. (Col. de Escritores Mexicanos)
- Delgado, Rafael, La calandria, Prólogo de Salvador Cruz, México, Editorial Porrúa, S.A., 1979, 5a. eds., 156 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 154).

- Franco, Jean, Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la Independencia, trad. de C. Pujol, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, 476 pp. (Letras e ideas, '7)
- Ferreras, Juan Ignacio, Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX, Madrid, EDICUSA, 1973, 287 pp. (Cuadernos para el diálogo nuevo).
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, El periquillo sarniento, prólogo de Jefferson Rea Spell, México, Editorial Porrúa, S.A., 1978, 16a. eds., 472 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 1).
- Frías, Heriberto, Tomochic, Prólogo de James W. Brown, México, Editorial Porrúa, S.A., 1978, 152 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 92).
- Gamboa, Federico, Metamorfosis, México, E. Gómez de la Fuente, 1921, 440 pp.
- Gamboa, Federico, Santa, Prólogo de María Guadalupe García Barragán, México, Promociones Editoriales Mexicanas, S.A., 1979, 269 pp.
- García Barragán, María Guadalupe, El naturalismo en México, Reseña y notas bibliográficas, México, UNAM, 1979, 110 pp., (Cuadernos del Centro de Estudios Literarios).
- Gaxiola, Jorge, "El primer centenario del nacimiento de don Emilio Rabasa", en Diorama de la Cultura, 27 de mayo de 1956, p. 1.
- Goldmann, Lucien, Para una sociología de la novela, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1967, 240 pp.
- González Peña, Carlos, Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días., México, Editorial Porrúa, S.A., 1975, 12a. eds., 327 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 14)
- González, Manuel Pedro, Trayectoria de la novela en México, México, Editorial Botas, 1951, 175 pp.
- González Ramírez, Manuel, Retratos y estudios de Emilio Rabasa, Prólogo y selección, México, Imprenta Universitaria, 1945, 171 pp.

- Henríquez Ureña, Pedro, Las corrientes literarias en la América Hispánica, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 3a. reimpresión, 340 pp.
- Inclán, Luis, G., Astucia. El jefe de los hermanos de la Hoja o los charros conrabadistas de la Rama, Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales, Prólogo de Salvador Novo, México, Editorial Porrúa, S.A., 1980, 5a. eds., 540 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 63)
- Luckács; György, "El reflejo artístico de la realidad" en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 14, México, UNAM, 1972, pp. 95-104.
- Luckács, György, Polémica sobre realismo, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972, 175 pp. (Col. Trabajo Crítico).
- Luckács, György, Significación actual del realismo crítico, Trad. de Ma. teresa Toral, Rev. de Federico Alvarez, México, Editorial Era, S.A., 1967, 2a. eds. en español, 181 pp.
- López Portillo y Rojas, José, La parcela, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1976, 6a. eds., 396 pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 11).
- Madero Herrera, Elena Margarita, Los aspectos político, social y literario en las novelas de don Emilio Rabasa, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1965, 170 pp. (Tesis).
- Magaña Esquivel, Antonio, "El realismo en Rabasa", en El Nacional, 17 de diciembre de 1964, p.3.
- Martínez, José Luis, La emancipación literaria de México, México, Antigua Librería Robredo, 1955, 85 pp.
- Navarro, Joaquina, La novela realista mexicana, México, Compañía General de Ediciones, S.A., 1955, 175 pp.
- Pasquel, Leonardo, "Homenaje a don Emilio Rabasa" en Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Libre de Derecho, México, 1956, pp. 3-5.
- Payno, Manuel, Los bandidos de Río Frío, Prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1979, 10a. eds., 758 pp. (Col. "Sepan Cuantos...", 3).

- Pérez Galdós, Benito, Doña Perfecta. Misericordia, Nota preliminar de Teresa Silva Tena, México, Editorial Porrúa, S.A., 1973, 3a. eds., 257 pp. (Col. "Sepan Cuantos...",107).
- Pingaud, Bernard, "Novela y realidad", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm 5, México, UNAM, 1971, pp. 325-330.
- Otero, Mariano, "Propiedad y clases sociales", en Lecturas Universitarias. Antología. México en el siglo XIX, Antología de fuentes e interpretaciones históricas, México, UNAM, pp. 114-130.
- Quirarte, Martín, Visión panorámica de la historia de México, México, Editorial Porrúa, S.A., 1956, 2a. eds., 271 pp.
- Rabasa, Emilio, La evolución histórica de México, México, Editorial Porrúa, S.A., 1956, 2a. eds., 279 pp.
- Riva Palacio, Vicente, Monja y casada, virgen y mártir, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1958, 2a. eds. corregida, 2v. pp. (Col. de Escritores Mexicanos, 18, 19).
- Riva Palacio, Vicente, Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México, Novela histórica, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1946, 2v. (Col. de Escritores Mexicanos, 33,34).
- Roeder, Ralph, Hacia el México moderno: Porfirio Díaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 2v.
- Sábato, Ernesto, "Características de la novela contemporánea", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 5, México, UNAM, 1971, pp. 170-173.
- Sábato, Ernesto, "La obra como visión del mundo", en Lecturas Universitarias. Antología de Textos de lengua y literatura, Núm 5, México, Unam, 1971, pp. 176-177.
- Sábato, Ernesto, "El realismo como totalidad", en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm 5, México, UNAM, 1971, pp. 179-180.
- Sábato, Ernesto, "Oscuridad en la novela" en Lecturas Universitarias. Antología de textos de lengua y literatura, Núm. 5, México, UNAM, 1971, pp. 180-182.

- Sastre , Alfonso, Anatomía del realismo, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1974, 2a. eds., 368 pp. (Biblioteca Breve,10).
- Serra Rojas, Andrés, "Emilio Rabasa", en El Universal, 22, 23, 24 y 25 de mayo de 1956, pp. 1-6.
- Tena Ramírez, Felipe, "Emilio Rabasa" en El Universal, 22 de mayo de 1956, p. 8
- Valadés, José, C., Brevísima historia de México, México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1975, 161 pp.
- Valbuena Prat, Angel, Historia de la literatura española e hispanoamericana, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1968, 3a. eds., 3v.
- Warner, Ralph, Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, México, Antigua Librería Robredo, 1953, 201 pp.
- Zola, Emilé, El naturalismo, Barcelona, Ediciones Península, 1972, 206 pp. (Ediciones de bolsillo, 241).
- Zola, Emile, Naná, México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1979, 265 pp. (Col. Literaria Universal).